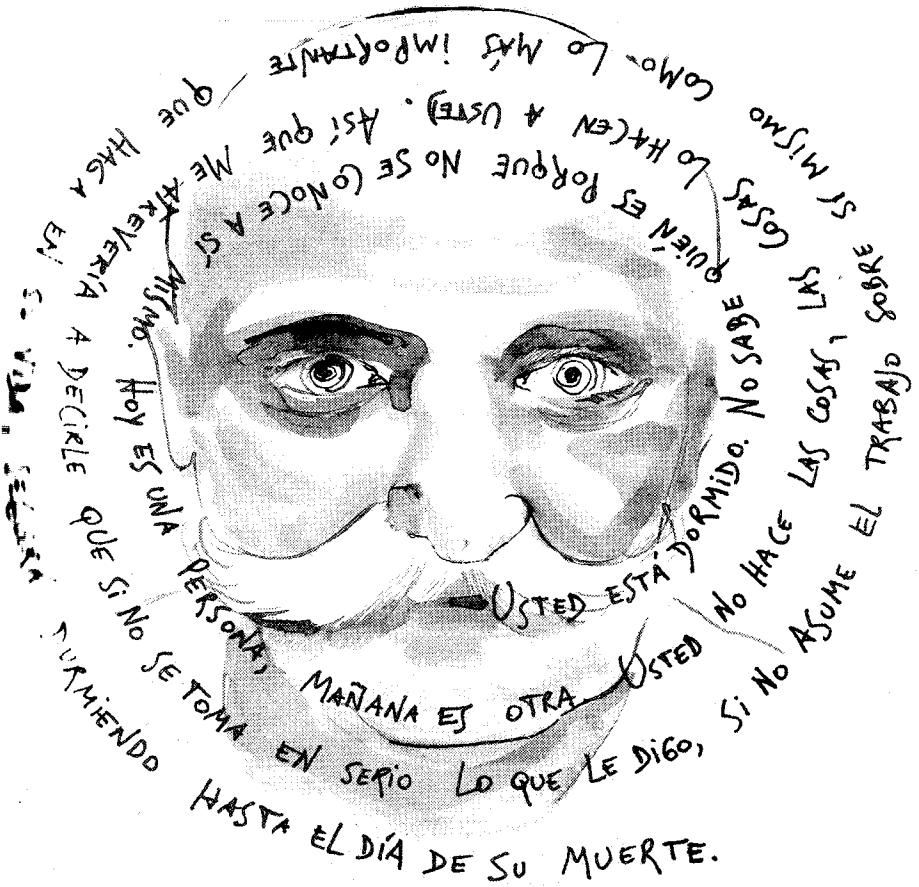
Gurdjieff

Buscadores de la Verdad • Cuarto Camino • Enneagrama

PARA PRINCIPIANTES





Advertencia para el lector. A más de cincuenta años de su muerte, nadie se explica qué clase de hombre fue George Ivanovitch Gurdjieff. Por algo se lo conoce como uno de los seres más enigmáticos de nuestra era. Por un lado, era un mago con poderes nunca vistos. Por otro, un hipnotizador de vodeville. Por un lado, un maestro espiritual que absorbió la sabiduría de civilizaciones erradicadas de la faz de la Tierra. Un gurú que cautivó a las mentes más brillantes de su época. Por otro, un megalómano que vino de Oriente e inventó una leyenda a su medida. Un viajero existencial que afirmaba que la mentira es el mejor vehículo para comunicar la verdad. Un hombre que, a un siglo de su venida al planeta, permanece más vigente que nunca.

1 Los Años de Formación

Llega un mago

Esta historia comienza en un café de las afueras de Moscú. Es la primavera de 1915, plena Guerra Mundial. El café está colmado. Parece el último lugar en donde uno encontraría a un maestro. Un hombre de gorro ruso de astracán y abrigo de cuello de terciopelo, se sienta en una mesa apartada y ordena café. No es cualquier hombre. Viene del Cáucaso, escapando de la guerra, y encabeza desde 1885, un grupo esóterico al que llama "Buscadores de la verdad".



Matemáticos, hombres de letras, arquitectos, periodistas. Todos aquellos que lo conocen, caen rendidos ante la presencia de Gurdjieff. Es una cara y una voz que nadie olvida jamás. Después de buscar por todo el mundo, Gurdjieff dice que encontró la llave que abre todos los misterios. Si lo siguen, les anuncia, podrán ser libres e inmortales, conocer la esencia de todas las cosas, ir más allá de la mente y de los libros.

Nace el mito

Es tal la confusión que reina sobre la vida de George Ivanovich Gurdjieff, que nadie se pone de acuerdo ni siquiera sobre su fecha nacimiento. Por lo pronto, Gurdjieff afirma que sucede algún día de enero de 1866, en el barrio griego de Alexandropol, emplazado en la Armenia rusa. En su pasaporte, sin embargo, figura que llegó al mundo el 28 de diciembre de 1877. Pero tiene muchos pasaportes, cada uno para una situación distinta. Gurdjieff nace en una ciudad amurallada, un frente militar del imperio ruso en la frontera con Turquía. Su padre, Ioannas Giorgiades es de origen griego. Su madre, armenia. Como no existen registros ni archivos de época, para reconstruir los primeros años de Gurdjieff, hay que confiar en sus propias palabras. Y Gurdjieff ama enmarañar las cosas.



En 1878, buscando un futuro mejor, su familia se establece en la ciudad de Kars, que acaba de ser reconquistada por el zar ruso Alejandro II. Allí, el padre reinstala la carpintería. Gurdjieff es enviado a la escuela griega. Luego al colegio municipal ruso. Desde pequeño, domina varios idiomas, entre ellos, el turco, el griego, el ruso y el armenio. Como es rápido en clase, Gurdjieff se hace tiempo para ayudar en el taller. En pocos meses, tiene clientes proplos. Elabora plumeros y fusiles para sus compañeros de la escuela. Más tarde, ofrece refacciones a domicilio.

El primer maestro

Un hombre que dejó huellas profundas sobre Gurdjieff, fue Ioannas Giorgiades. Su padre. Es su primer maestro. A Gurdjieff le asombra, sobre todo, el desapego y la serenidad con que hace frente a las desgracias, la ruina económica y las guerras. Ser hijo de Giorgiades, no es para cualquiera. Para prepararlo para el futuro, somete al mayor de cinco hermanos, a un intenso entrenamiento existencial.



Ioannas no se contenta con las ranas. Introduce roedores y reptiles en su cama, y lo obliga a jugar con serpientes no venenosas. Además, pone el acento en una demoledora rutina: todas las mañanas, Gurdjieff sale desnudo en pleno invierno ruso y se baña en la fuente con agua helada. Su padre lo sigue con la mirada, mientras su hijo corre por el jardín sin posibilidad de secarse. "Si no fuera por esos baños matinales, a los que me obligaba papá", recordaría Gurdjieff. "No hubiese podido soportar las inclemencias de mis viajes por tierras heladas".

El gran trovador

Si bien se gana el sustento siendo pastor y carpintero, Giorgiades se apasiona por las cuestiones metafísicas. Es poeta y narrador de cuentos populares, de amplia trayectoria. Sabe al detalle leyendas y tradiciones babilónicas, persas y turcas. Acuña máximas que su hijo repetirá toda su vida. "Sin sal no hay azúcar", o "Si el Yo está presente en mí, ya no cuentan más ni Dios ni el diablo". Giorgiades acostumbra participar en competencias de improvisaciones, donde uno hace una pregunta y el otro contesta cantando. La gente muere por verlo. En especial, Gurdjieff.



Gracias a la pasión que siente Giorgiades por el folklore popular, Gurdjieff toma contacto por primera vez con la leyenda de Guilgamesh, y la cofradía de los Imastun, una casta de sabios antiguos que, según la tradición, estudiaban astrología y se comunicaban telepáticamente. Pero Gurdjieff quiere pruebas. Está empecinado. Y dedicará buena parte de su vida a descubrir qué hay de cierto en esas historias.

Aprendiz de sacerdote

Gurdjieff integra el coro de la iglesia militar del colegio. Lo seleccionan entre todos sus compañeros. Está dotado de una gran voz. De tanto en tanto, el Padre Borsh, arcipestre de Kars, el cargo eclestiástico más influyente de la región, asiste a las prácticas. Descubre en Gurdjieff la semilla de un buscador.



El Padre Borsh se compromete a seguir la instrucción del pequeño Gurdjieff. Asigna a cuatro egresados seminaristas como tutores, y él mismo se ocupa de dar algunas materias. Gurdjieff viaja a pie dos kilómetros a recibir lecciones en hospitales, pabellones y casas particulares. Aprende anatomía, fisiología, geografía, catecismo, historia e idioma ruso. Los padres de Gurdjieff quieren que siga sacerdocio, pero Bosch se empeña en que sea médico. Mientras tanto, Gurdjieff quiere estudiar una carrera técnica que le permita fabricar objetos y emplear sus destrezas manuales.

Los nuevos mandamientos

Para Gurdjieff, el arcipestre es la personificación de la sabiduría. Borsh tiene 60 años y se hace amigo de su padre. En su compañía, practica canciones del coro y comenta los libros en griego, armenio y ruso, que Gurdjieff devora de los estantes de la biblioteca del hospital militar de Kars. En sus horas libres, Borsh le enseña el arte de ser un buen niño frente a Dios.



Más allá de sus consejos morales, Borsh es puntilloso en lo relacionado a la conducta sexual. "Si el adolescente sucumbe una sola vez ante la tentación", afirma, "pierde para toda la vida la posibilidad de ser un hombre digno de estima". A Gurdjieff lo marca a fuego.

La voz de la conciencia

Entre los cuatro tutores que asigna el Padre Borsh, Gurdjieff tiene un favorito: Bogatchevsky, futuro asistente de un monasterio esenio, la secta que habría acunado a Jesús, en sus inicios. Pasa tardes enteras en su casa y, si bien aún no es sacerdote, Gurdjieff se confiesa con él todas las semanas. Mientras tanto, Bogatchevsky le enseña a confiar en sí mismo y a seguir la voz de su conciencia.



Más tarde, Gurdjieff aplicará las enseñanzas de Bogatchevsky dentro de su propio instituto. A la moral objetiva, tal como la explica su tutor, Gurdjieff la llamará el Yo inmutable.

Contactos con el espiritismo

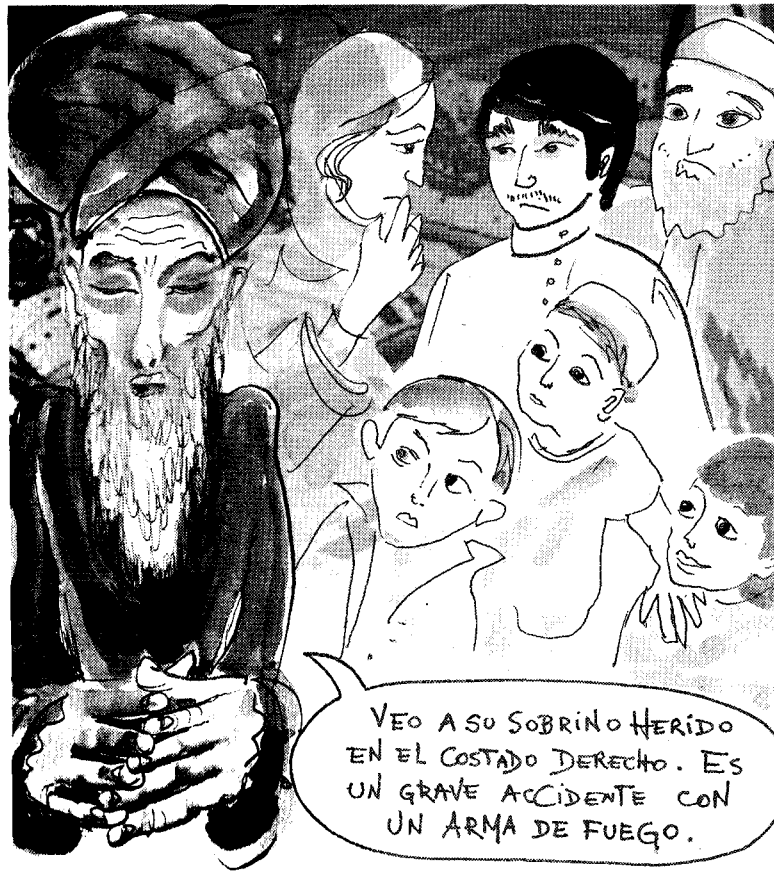
En casa de Bogatchevsky, Gurdjieff es testigo de reuniones filosóficas entre el círculo de amigos militares e ingenieros de su maestro. En el living de su casa, presencia por primera vez una sesión espiritista. En 1881, muere la hermana más joven de Gurdjieff. Así que el tema de los contactos con el más allá está a flor de piel.



Cuando Gurdjieff consulta su experiencia paranormal con el Padre Borsch, éste minimiza su importancia. "Si fuera cierto", le dice, "¿por qué los espíritus no utilizan un medio de comunicación más eficiente que una mesa?" Gurdjieff intuye que algo asombroso ha sucedido. Y ninguna respuesta basta para explicarlo.

La visita del vidente

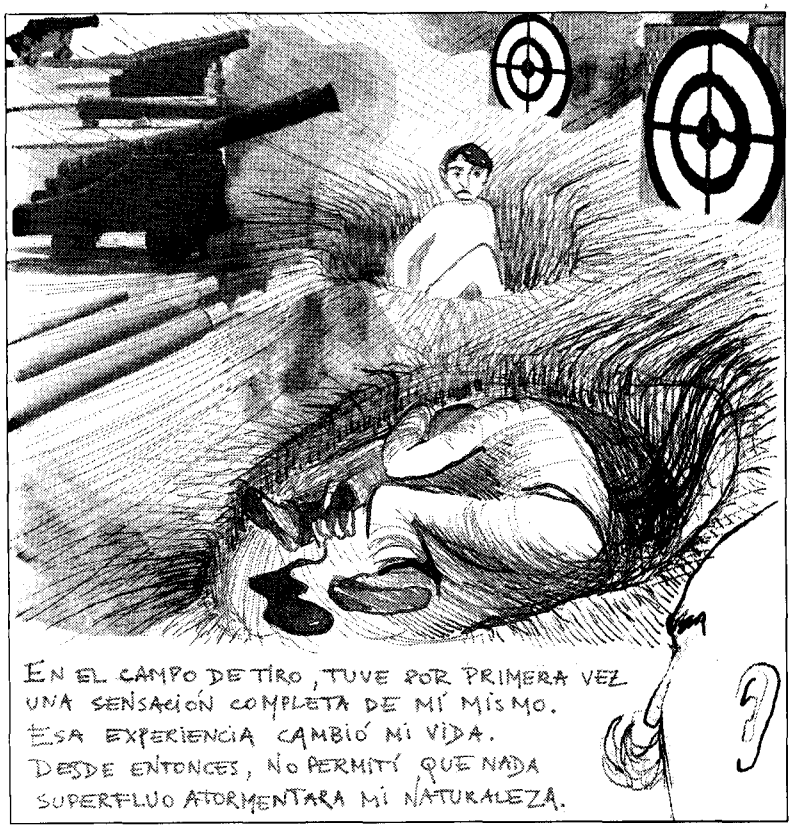
Un día, en casa de su tío, en Alexandropol, recibien la visita de un profeta famoso en la región llamado Eung-Ashoj-Mardiross, "el Inocente". Mardiross posa el pulgar sobre la frente de las personas y predice el futuro. Sus tíos, anslosos, le piden que anticipe el porvenir de toda la familia. Al llegar a su sobrino Gurdjieff, el rostro del vidente se ensombrece y su cuerpo empieza a temblar.



Tal vez siguiendo el escepticismo de Borsch, Gurdjieff le resta importancia al episodio. Diez días más tarde, sale con tres amigos a cazar patos. A la mañana siguiente, una bala le atraviesa la pierna.

Experiencia con la muerte

En 1882, Gurdjieff se enamora de la hermana de un amigo. Ella tiene 13 años, él 16. Piotr Karpenko, hijo de un oficial de artillería, también la corteja. Aún siendo niños, resuelven zanjar el pleito batiéndose a duelo. Como tienen dificultades para encontrar armas, pactan someterse a una prueba de vida o muerte. Karpenko y Gurdjieff deben ocultarse en pequeñas trincheras, en un campo de artillería, donde el regimiento practica puntería con cañones. El que sobrevive, acuerdan, se queda con la chica.



Gurdjieff sale ileso. Pero Karpenko yace inconsciente, herido en una pierna. Se recuperará pronto. Tras el incidente, ambos dejan atrás su amor por la chica y se vuelven amigos. En el futuro, Karpenko integraría el grupo de buscadores de Gurdjieff.

El silencio de los maestros

Gurdjieff empieza a observar los fenómenos paranormales y a estudiarlos detenidamente. Mientras tanto, los episodios se multiplican por todas partes. Un verano, en Alexandropol, mientras talla un escudo para costearse su educación, escucha un chillido y, guiado por el sonido, llega hasta el lugar de donde viene. Se encuentra con esto.



Con el tiempo Gurdjieff es testigo de más milagros. La curación de una vecina que sufre de tisis, dictada telepáticamente por la Virgen María. La resurrección de un tártaro poseído por el demonio. Un paralítico que recupera la movilidad en un lugar sagrado sobre el monte Dyadyur. Un pueblo sacudido por la sequía, bendecido por las lluvias gracias a la presencia de un ícono milagroso. "Nadie me los contaba. No los leí en ningún libro. Los viví en carne propia", explica Gurdjieff. "No había engaño posible".

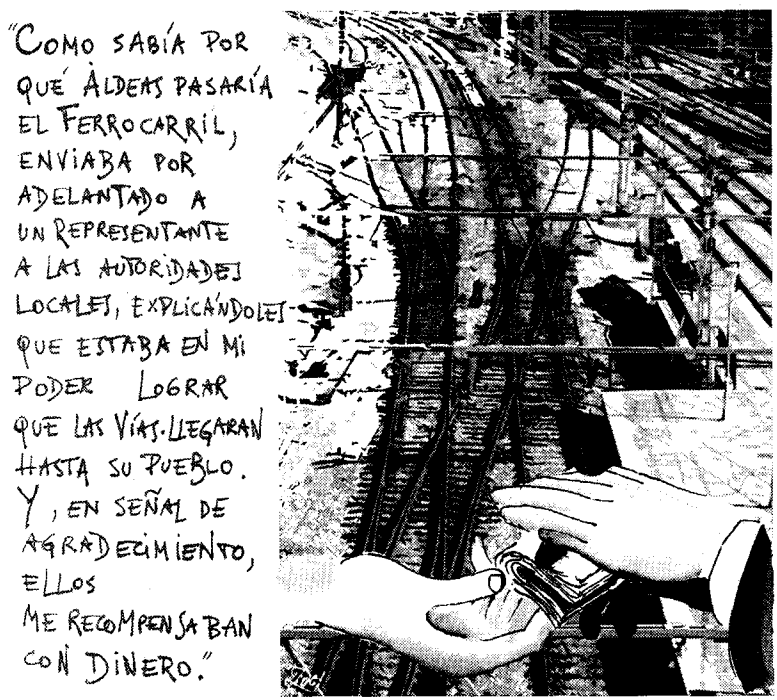
Durante la cena posterior a una celebración religiosa, Gurdjieff decide contar la historia del niño yezida para someterla a la consideración de los invitados. Hay allí militares, religiosos y maestros. La clase de opinión que más estima Gurdjieff. Sin embargo, aquelia noche los resultados no son los que esperaba.



Más allá del buen concepto que tiene por los hombres instruidos, Gurdjieff descubre que, si no busca por sus propios medios, nunca alcanzará la verdad. Tiempo más tarde, hará de esto el eje central de su pensamiento.

El despertar a los negocios

Gurdjieff intenta ser admitido en el Coro del Obispo, en Tbilisi. A pesar de su voz afinada, lo rechazan. Es el año 1883. Le sucede lo mismo cuando quiere ingresar al Seminario Teológico. Al parecer, la influencia del padre Borsch no es suficiente para abrirle las puertas. Mientras tanto, Gurdjieff trabaja como fogonero de locomotoras, en el ferrocarril de Tbilisi. Un ingeniero le ofrece cuadriplicarle su salario si lo acompaña como jefe de su equipo e intérprete, en un plan oficial por extender las vías hasta Kars. Ni lerdo ni perezoso, Gurdjieff, además de sus ingresos oficiales, cosecha importantes comisiones utilizando un poco de picardía.



Pero, ¿qué diría el padre Borsch a todo esto? No podemos saberlo. Sin embargo, lo que sí sabemos es que, en pocos meses, Gurdjieff ahorra mucho dinero. Es un convencido de que, ciertas antiguas civilizaciones de las que habla su padre, alcanzaron un conocimiento que ha sido olvidado. Y este conocimiento no lo aportan ni las ciencias exactas, ni los catedráticos, ni los libros. Con el fruto de su capital, decide salir a buscarlo, sea donde fuera.

El expedicionario

A los 18 años, Gurdjieff está decidido a encontrar la verdad en el lugar mismo de los hechos. Mientras trabaja en el ferrocarril, realiza un peregrinaje a pie hasta Echmiadzin, La Meca de los armenios. Confía en que allí podrá encontrar pistas a sus interrogantes. Gracias a un amigo del lugar, el capitán Sarkis Pogossian, explora sitios vedados a la mayoría de los fieles, donde el pueblo guarda antiguos tesoros.



Gurdjieff permanece tres semanas viviendo con su amigo, en casa de un sacerdote local, el Padre Surenian, pariente de Pogossian. Así conoce las mezquindades cotidianas de la vida sacerdotal. En su estadía, discute apasionadamente con Surenian y otros monjes acerca de la muerte, los milagros y el alma. Sin embargo, regresa desilusionado. La verdad, anuncia, está en otra parte. Pero, ¿en dónde?

Más cerca de la meta

En 1885, Gurdjief se traslada a Constantinopla. Visita monasterios derviches, fascinado por sus danzas rituales, hasta que se queda sin dinero. Un año después, junto a Pogossian, viaja a la antigua capital de Armenia, Ani, a 50 kilómetros de Alexandropol. La llaman la Ciudad de las mil iglesias. Guerras y terremotos, la dejaron en ruinas. Gurdjieff confía encontrar, entre los escombros, restos de iglesias del siglo XI y el XIII. Acampan en una choza e improvisan excavaciones en los túneles de la ciudad. Lo que encuentran allí es relatado por el propio Gurdjieff.



Es efectivamente correspondencia dirigida a un monje. Según Gurdjieff, hace mención a la cofradía de los Sarmung, una escuela esotérica que existía, en apariencia, 2.500 años antes de Cristo, dotada de un elevado conocimiento. En la epístola se afirma que un monje certificó su existencia y los sitúa en el valle de Izrumin, a tres días de camino de Nivssi. Gurdjieff deduce –no se sabe bien cómo– que Nivssi es el equivalente a la ciudad de Mossul, en la actual Irak. El hallazgo lo entusiasma.

Un mapa revelador

En 1887, los armenios repartidos en Rusia, Turquía y Persia viven un súbdito brote nacionalista. Gracias a contactos de Pogossian con un comité proteccionista armenio, se alistan como voluntarios para una misión al Kurdistán. Deben entregar y recibir cartas a miembros de la comunidad. Gurdjieff y Pogossian buscan aprovechar la travesía para aproximarse a su objetivo: el antiguo valle de Izrumin. Por poco, el viaje les cuesta la vida. Escapan de la mira de fusiles, eluden un tigre y sobreviven a una jauría de perros kurdos. Pero el peligro principal es otro.



Antes de cumplir con el objetivo de su travesía, una tarántula pica a Pogossian. Lo trasladan de emergencia buscando albergue en casa de un sacerdote, a quien llevan correspondencia del comité. Éste los alberga durante semanas y les muestra un antiguo mapa heredado de su bisabuelo, que sitúa poblaciones milenarias borradas de las nuevas cartografías. Gurdjieff dibuja una copia disimuladamente y parten a caballo.

El guía turístico

Aquel mapa es famoso entre expedicionarios. Un hombre le había ofrecido una fortuna al sacerdote por adquirirlo. Lo llaman "El Egipto antes de las arenas". Con esta guía, Gurdjieff y Pogossian cambian de rumbo. Trepan a un barco hacia Alejandría. La intención es llegar hasta El Cairo, el nuevo objetivo según el mapa. Sin embargo, a bordo, Pogossian se despide de Gurdjieff y continúa el viaje hasta Inglaterra. Más tarde, ingresa en la escuela de marina. Gurdjieff arriba a Egipto solo y debe utilizar su ingenio para ganarse la vida. Susbstitir es su especialidad. En el futuro, Gurdjieff se empleará como lustrabotas en Roma, fabricante de flores artificiales en Nueva Bujara y pintor de gorriones a los que vende como canarios en Samarcanda, en Uzbekistán. En Egipto, se gana la vida como guía turístico. Habla griego, árabe e italiano. Es el hombre indicado para el trabajo.



Siendo guía turístico, conoce a Skridlov, profesor de arqueología, y al príncipe Yuri Liubovedsky, el hombre que ofreció una fortuna por comprar el mapa al sacerdote. Es amistad a primera vista. Príncipe y profesor son viejos exploradores, andan tras los mismos conocimientos que desvelan a Gurdjieff. Los tres se hacen amigos inseparables, comparten viajes y permanecen siempre en contacto.

Los buscadores de la verdad

Gurdjieff no descansa jamás. Con Liubovedsky explora el Asia Menor, el Tíbet y la India, donde se apasiona por el Hatha Yoga. Con el profesor Skridlov recorre Sudán, La Meca, Medina y la antigua Babilonia. Para facilitar las travesías, obtiene empleo como emisario político armenio y como agente del zar ruso, lo cual le brinda contactos y respaldo económico. En 1890, pasa por Suiza. En 1893, por Italia. En 1896, visita Creta, en Grecia, poco antes de la guerra greco-turca, donde es herido por una bala perdida. Nada lo detiene: ni la malaria bujariana, ni la disentería. Gurdjieff entiende que, por primera vez, con sus nuevos compañeros de viaje, forman un grupo heterógeno pero compacto. En 1895, lo bautizan los "Buscadores de la verdad".



Entre sus miembros hay médicos, filólogos, ingenieros, astrónomos, geólogos, príncipes, barones y el hijo de un pachá. Son veintitrés personas audaces y formadas, con un mismo interés: recorrer el mundo para hallar un antiguo conocimiento esotérico escondido por milenios. Todos varones, excepto, Vitvitskaia, polaca, ex ama de llaves y amiga del príncipe Liubovedsky.

Entrevista con el derviche

Los Buscadores de la verdad llevan a cabo cuatro grandes travesías. La primera en 1897, por el Turquestán. Visitan Bagdad, en Irak, y Tabriz, en Irán donde conversan con un famoso derviche persa a quien le adjudican milenarios conocimientos. El anciano, cuestiona ciertas prácticas que Gurdjieff considera verdades absolutas.



Gurdjieff es un apasionado de la cultura derviche. En particular de la orden Mevleví, fundada en las enseñanzas del poeta sufí Rumi, en el siglo XIII. Los derviches ejecutan una danza sagrada circular llamada samá, con el fin de entrar en éxtasis y situarse en las puertas de la verdad cósmica.

El viejo derviche también reprende a Gurdjieff porque practica la respiración artificial, tal como la enseñan los yoguis. Esta consiste en aspirar el aire, retenerlo brevemente y exhalarlo lo más lento posible.



Cara a cara con la escuela secreta

En una estadía en Nueva Bujara, en Uzbekistán, donde Gurdjieff trabaja vendiendo flores artificiales, se encuentra casualmente con Bogga-Eddin, un viejo amigo derviche. Corre el año 1898.
Eddin le cuenta de un viejo miembro de la cofradía de Sarmung, que acaba de conocer. El hombre, de avanzada edad, vive en casa de unos amigos, no muy lejos de allí. "Ya le hablé de ti", le anticipa Eddin. "Y él sabe quién eres. Dice que le alegrará mucho conocerte". Gurdjieff no pierde un segundo en ir a verlo.



Gurdjieff consiente en guardar el secreto. Días más tarde, se encuentra con cuatro guías. Aún cuando acepta viajar con vendas en los ojos, presta juramento de no revelar ni intentar conjeturar el camino. Parten a lomo de burro. Es una larga travesía.

El monasterio de los Sarmung

En la travesía, Gurdjieff cambia de caballos. Cruza ríos a nado. Atraviesa abismos y montañas. Tras doce días de andar, arriba a su meta: el monasterio central de la cofradía de los Sarmung. El misterio de las cartas halladas en la ciudad de Ani, de mano del sacerdote, se revela. El sitio es un fuerte antiguo, silencioso y amurallado. Su interior lo recorren patios, celdas y un templo en el corazón de la ciudadela. Unos ancianos salen a recibirlo y le señalan su cuarto. Durante tres días, nadie se acerca a hablarle. Hasta que llega una carta de un viejo amigo que, oh milagro, arribó al mismo destino.



Será el último tiempo que compartirá con el príncipe. Según el monje que preside la cofradía, sólo le quedan tres años de vida, los cuales le recomienda pasarlos en un monasterio de los Sarmung al norte de los Himalayas. Antes de su partida, Liubovedsky se compromete a mostarle los secretos del lugar.

Danzas sagradas

El jefe del monasterio envía a un monje anciano a quien adjudican 275 años de edad, para que instruya a Gurdjieff en las actividades de la cofradía. El monje, junto al príncipe, se dedican a enseñarle los ritos del tercer patio junto al templo. Y a revelarle los máximos exponentes de la cofradía. El misterioso eneagrama, una estrella de nueve puntas donde está cifrado cosmos, y las danzas sagradas de las sacerdotisas.



El aparato tiene siete ramificaciones. Para Gurdjieff la cifra no es un dato menor. Tiempo más tarde, desarrollará una línea de conocimiento descifrando lo que él llama "Ley de Siete"

Gurdjieff permanece tres meses en el monasterio. Acopia todo el material que puede sobre simbología y danzas sagradas. Le impacta la rigurosa disciplina de las sacerdotisas, quienes llegan a la cofradía siendo muy jóvenes, de manos de sus padres, y no pueden practicar sus danzas dentro del templo hasta alcanzar una avanzada edad.

El taller universal

Una vez colmadas las enseñanzas en el templo, Gurdjieff se dedica a reunir el mayor capital posible para futuras exploraciones. En 1899, junto a Vitvitskaia, la única mujer del grupo de Buscadores, abre un negocio de reparación ambulante en Asjabad, la capital de Turkmenistán. Allí hay un auge de nuevos ricos. Los millonarios importan las últimas creaciones tecnológicas de Europa, pero no saben cómo arreglarlas. Gracias a su experiencia de niño, Gurdjieff refacciona armas, máquinas de coser. Emparcha ropa. Quita manchas. Zurce alfombras. Niquela samovares. Pirogra en madera. Recicla corsés. Pasa semanas sin dormir para atender a tiempo los pedidos. Al local, le pone un nombre fiel a su estilo.



Gracias al taller, Gurdjieff reúne gran cantidad de dinero. No sólo engaña a clientes ingenuos, además, le interesa el desafío de resolver tareas para las cuales no está preparado. Nunca rechaza un pedido, ni recibe una queja. Es, lo que se dice, el comerciante perfecto.

Descubre la magia

Entre el grupo de Buscadores de la Verdad, se encuentra el hijo de un pachá de Oriente. Se llama Ekin Bey. Bey lleva sus conocimientos sobre hipnotismo a un nivel práctico que escapa de toda razón. Experimenta ante amigos y conocidos. Se refiere a sus habilidades como "el poder del pensamiento humano". Es, tal como lo llamaríamos hoy, un ilusionista.



Fascinado con su amigo Bey, Gurdjieff se propone estudiar seriamente los secretos de la magia y el hipnotismo. Y aplicarlos sobre sí mismo. Entre 1907 y 1910, se gana la vida como hipnotizador profesional en presentaciones en público. Se jacta de poder matar a un búfalo a diez kilómetros de distancia, utilizando sólo la fuerza de su mente.

Encuentro con un fakir

En 1898, los Buscadores de la Verdad atraviesan el desierto de Gobi, en Mongolia. Buscan una ciudad sepultada en la arena. Según Gurdjieff, hacen el trayecto en zancos de siete metros para sobreponerse a las tormentas de arena. En 1900, visitan las montañas de Parir, en India, donde encuentran a un anciano fakir de más de 90 años, que vivió entre derviches y monasterios bautistas. Un santo que, trabajando para un emir de Afganistán, recibió una herida de bala durante una sublevación y decidió retirarse del mundo. Hasta allí lo siguieron sus discípulos. Se dice que logró domesticar a un oso gris que le lleva su comida.



En aquel encuentro, el santo cura milagrosamente a Vitvitskaia de una enfermedad de garganta. Al arqueólogo Skirdlov le receta una raíz que remedia su dolor de cintura. Y a un tercero, Ielov, le cura de tracoma. Es la cuarta y última expedición del grupo. A partir de entonces, cada uno emprende la búsqueda de la verdad por su cuenta.

Junto a los lamas

El año 1901 encuentra a Gurdjieff en los Himalayas, según los rumores, casado con una tibetana, con dos hijos, y recibiendo enseñanzas de la escuela budista de los lamas de Sombrero Colorado. Es un mago de la transformaclón. Meses antes, fue presentado con pompa ante el Zar de Rusia, Nicolás II. Hay quienes sostienen que se desempeña part-time como agente de informaciones del zar en el Tíbet, a cargo de las provisiones de armamentos y el control financiero, en tiempos de lucha independentista. Según Gurdjieff, cultiva la simpatía de los tibetanos a tal punto que termina con el grado de preceptor del mismísimo Dalai Lama, Thubten Gyatso. Tres años más tarde, el ejército británico invade el Tibet. En 1904, masacra a 700 soldados locales en Guru e ingresan a Lhasa, donde aniquilan a Padma Sambhava, precursor del tantra, e iluminada reencarnación de una antigua cadena de iniciados. Gurdjieff está devastado.



El término dalai lama fue introducido por el mongol Genghis Khan, cuando incorporó como maestro de su corte a Sönam Gyatso, quien difundió el budismo entre su pueblo. Los budistas consideran al dalai lama la encarnación de Bodhisattva, el patrón del Tibet, y autoridad espiritual de la nación.

Durante su estadía en el Tibet, Gurdjieff es herido de bala por segunda vez. Tras cuatro meses de convalecencia y gracias a la asistencia de cinco médicos, dos tibetanos y tres europeos, se recupera. Poco después, contrae hidropesía y regresa a casa de sus padres, quienes habían regresado a Alexandropol. Nuevamente de pie, mientras explora Transcaucasia, en Asia Central, zona de guerras civiles, recibe un tercer disparo. Permanece dos semanas en una cueva entre la vida y la muerte. Un barbero que oficia de médico, le practica un torniquete con las raíces de una planta. Sobrevive.

El gran charlatán

Tras una estadía de dos años (1905 a 1907), en una escuela sufí en Asia Central, de la cual poco se ha precisado, Gurdjieff fija su residencia en Tashkent, capital del Turkestán ruso. Allí se transforma en, digámoslo así: un vendedor charlatán. Su rubro de comercio va de las alfombras antiguas, al pescado y la carne. Pero el rubro que le da notoriedad en la zona, es otro.



La telepatía es un concepto incorporado en 1882, por Fredric W.H. Myers, poeta y ensayista inglés, fundador de la Society for Psychical Research, que busca explicar lo inexplicable. En la actualidad, tras miles de experimentos, Robert G. Jahn, profesor de ingeniería de la Universidad de Princeton, certifica que los pensamientos pueden afectar los objetos. Pero en una proporción ínfima.

Gurdjieff monta su acto de telepatía e hipnotismo, inspirado en su viejo amigo, el mago Ekin Bey (pág. 25). "Mi meta", reflexiona, "es difundir ciertas verdades en un envoltorio claramente falso". Sin embargo, es un convencido de que se puede curar el cáncer por medio del magnetismo y tener acceso al cosmos a través del viaje astral.

No hipnotizarás

En septiembre de 1911, después de vivir tres años de las ventas de alfombras y los "milagros" parapsicológicos, después de ofrecerse para recuperar a adictos al opio, el alcohol y el hachís, Gurdjieff tiene dinero de sobra, pero padece de serios dilemas espirituales. Entiende que "el lado oscuro de la fuerza" lo lleva por mal camino. Puede dormir a un elefante, pero ¿se puede dominar a sí mismo? ¿Fortalecer sus debilidades? ¿Sacrificar su vanidad? Por otra parte, si lo impactara una cuarta bala perdida, lo cual es muy probable, esta vez mortal, ¿cómo quedaría en la historia de la humanidad? ¿Como un mago farsante? ¿Un hipnotizador de poca monta? Una noche, tiene una revelación.



Desde aquella noche, Gurdjieff jura no volver a utilizar jamás la telepatía ni el hipnotismo –ya lo había jurado una vez y había fracasado–, excepto con fines científicos. De ese modo, se niega todos los beneficios que vienen añadidos. Y así, centrado y cargado de energías, se compromete a revolucionar espiritualmente su vida.

Discípulos se buscan

En su misión por despertar al hombre de su largo sueño, en su trabajo por volverlos dioses de sí mismo, Gurdjieff concibe una segunda meta: evitar que el hombre caiga en la "hipnosis de masas". Bautiza aquel momento histórico, plagado de conflictos, previos a la Primera Guerra Mundial: "El horror de la situación".



La conclusón de Gurdjieff es audaz. Si el hombre descubre que actúa mecánicamente, y no participa ni de su propia vida. Si el hombre se convence de que las cosas le suceden y él simplemente reacciona sin refiexionar. Si esto ocurre, entonces el mundo dejará de entrar en guerras. El hombre no tendrá condicionamientos y será dueño de su libertad interior.

Inaugura el instituto

En 1912, Gurdjieff viaja a Moscú, donde organiza el primer lugar donde sistematiza su trabajo. Lo llama "Instituto para el desarrollo armónico del hombre". Su meta: reunir el aprendizaje esotérico acopiado a lo largo de su vida y aplicarlo a las necesidades del hombre moderno. Se le hace difícil reunir a sus primeros discípulos. Vladimir Pohl, célebre compositor, y el escultor Sergei Mercourov, primo de Gurdjieff, son los primeros en ingresar.



Los primeros alumnos de Gurdjieff se esfuman al poco tiempo y olvidan sus enseñanzas. Mercourov se emplea como director del Museo Pushkin de Bellas Artes, en Moscú, y Pohl se radica en París donde se dedica a componer ballets y obras menores. Su vuelco a la enseñanza se hace cuesta arriba

El sí de Gurdjieff

Además de su voluntad de radicarse en Moscú, Gurdjieff toma entonces una decisión radical: se casa con Julia Ostrowska, en San Petersburgo. Julia había nacido en 1899 en Polonia. Gurdjieff le lleva 23 años. Será su esposa de por vida. Se dice que es una condesa al servicio de la zarina de Rusia y que se conocen en la corte imperial. También se comenta que Gurdjieff la rescata de la ruina. De soltera, Julia no pasaba por un buen momento económico. Gurdjieff, en cambio, es por entonces, prácticamente un potentado.



A pesar del perfil bajo de Julia, Gurdjieff la elegiría más tarde para protagonizar su ballet, "La iniciación de la sacerdotiza" y le dedicaría una composición al piano.

En tiempos de su boda, Gurdjieff posee tres propiedades: un pequeño departamento en Moscú, otro en San Petersburgo, cerca de la estación, y un edificio de tres pisos en un lugar turístico a tiro de la capital. Entre todas sus casas, reparte sus colecciones de tapices, porcelanas, pipas antiguas, dagas adornadas con joyas, íconos, mesas, cojines, instrumentos musicales de Oriente, y figuas en marfil de santos. Gurdjieff puede darse cualquier lujo. Incluso, el de ser otra persona.

La vida artificial

Cuando Gurdjieff jura en 1911 que no utilizará más sus dotes paranormales en beneficio propio, también pone en práctica un compromiso más profundo. Se obliga, durante los siguientes 21 años, a llevar lo que él llamó una "vida artificial". Durante las noches, celebra cenas en su casa, vestido con turbante y bata de seda. Se hace llamar príncipe Ozay. En ocasiones, también se presenta como sobrino del príncipe Mukransky. De ese modo, impulsa en sí mismo una de las mayores enseñanzas esotéricas: la no-identificación.



El trabajo de enmascaramiento, según Gurdjieff, precisa de un director, de un hombre cuya voluntad sea tenaz y consciente. Es decir, para poder representar un rol en la vida, se necesita estar vivo, despierto y consciente las 24 horas, tal como sabremos más adelante. "Exteriormente me comprometí a desempeñar un rol", explica, "e interiormente a jamás identificarme con él".

La sombra de Rasputín

Es difícil determinar hasta dónde llega la influencia de Gurdjieff sobre el zar Nicolás II. Apenas consta en los libros de historia que fue presentado en la Corte en 1901, en Livadia. Y, naturalmente, las especulaciones de que Julia, su esposa, asiste a la zarina Alexandra Feodorovna. Sin embargo, para cuando Gurdjieff desembarca en Moscú, los zares de Rusia están cautivados por el magnetismo de otro mago, temido y venerado por igual, Gregory Efimovitch Rasputín, conocido como "el monje loco". Rasputín ayuda a curar al hijo del zar que está al borde de la muerte y se gana la confianza del matrimonio real. El monje loco utiliza sin culpa aquellos poderes que Gurdjieff prometió dejar atrás.



En verdad, la influencia de Rasputín sobre los zares no pudo ser más perjudicial. El monje es acusado de desenfrenadas prácticas sexuales y de colocar mujeres en altos cargos con el fin de seducirlas. Es resistido por la iglesia y el poder político. Al final, será un detonante más de descrédito en la caída del zar en 1917. Dos años más tarde, es asesinado en un complot de nobles allegados a la familia del zar.

El boom de la espiritualidad

En Rusia, Gurdjieff tiene un campo plagado de potenciales discípulos. El país vive un momento de desaire político, pero de profunda revolución artística y espiritual. Hay movimientos cubistas, futuristas, simbolistas. Sobresalen Stankislavsky, Nijinsky, Stravinsky y Máixmo Gorki. Son talentosos, están disponibles y consideran que haya algo más allá de la vida. Sólo necesitan de un buen maestro. Pero la policía secreta, que acaba de desarticular un atentado contra el zar, hace lo imposible para que esa unión nunca suceda. Con Rasputín ya tienen suficiente.





Hay quienes creen que, el enmascaramiento de Gurdjieff, y su personaje del príncipe Ozay, obedecen a razones de estrategia política. Cuanto menos se sepa sobre su verdadero origen y su verdadero empleo, más a salvo estará su vida. Aún cuando el Zar lo conozcca bien.

* Ver Krishnamurti para Principiantes.
** Ver Antroposofía para Principiantes.

Seguidores Internacionales

En 1913, Gurdjieff acepta a su primer discípulo extranjero, el británico Paul **Dukes, seguidor** de Blavatsky y estudiante en el conservatorio de San Peters**burgo.** Dos alumnos escoltan a Dukes hasta la casa de Gurdjieff, con la promesa de que no revele su ubicación. Allí, encuentra a un hombre con turbante, bebiendo licor y jugando al ajedrez. El príncipe Ozay.



Día a día, Gurdjieff atrae más discípulos eruditos y comprometidos. El mismo año que conquista a Dukes, se acerca a su instituto, Leonid Stjoernval, respetado psiquiatra de San Petersburgo, quien lo seguirá hasta el fin. Stjoernval es reconocido por su calma y aplomo. Sólo se altera para defender a su maestro, en quien cree ver al mismísimo Cristo.

La llegada de Ouspensky

La historia del encuentro entre Gurdjieff y su discípulo más célebre, tiene fecha y lugar. El 13 de noviembre de 1914, Piotr Demianovich Ouspensky, periodista, escritor, matemático, ocultista, lee el anuncio de un ballet en el diario La Voz de Moscú. El texto llama su atención. Ouspensky no es un neófito en la materia: brinda conferencias sobre milagros y el dilema de la muerte. Cada paso que da, es reproducido en los periódicos. Viajó a India, donde entrevistó a yoguis, exploró el Taj Mahal y conoció a Annie Beasant, sucesora de Blavatsky en la Sociedad Teosófica. Es un buscador con mayúsculas.



Antes de que Ouspensky conozca a Gurdjieff, él ya sabe de Ouspensky. Leyó su obra "Teritum organum", donde el matemático plantea dudas y certezas más allá de los cánones científicos. Ouspensky habla de la enseñanza oculta de los evangelios y de la búsqueda perpetua del conocimiento. Cuando Gurdjieff leyó su libro, anunció: "Quiero discípulos así". Y alentó a sus alumnos a estudiarlo seriamente.

La llamada del mago

A través de dos discípulos, Gurdjieff se pone en contacto con Ouspensky. Ellos le revelan quién es, en verdad, el autor de "La lucha de los magos" y le narran los "milagros" de Gurdjieff. Ouspensky, que conoció a muchos supuestos "seres milagrosos", acepta el encuentro a regañadientes. Lejos de querer impresionarlo como el príncipe Ozay, Gurdjieff lo cita en un café de segunda categoría, sobre un callejón. Lo aguarda vestido como de costumbre, con su sombrero de hongo, bebiendo café. No quiere utilizar ningún artificio para atraerlo. Le basta con ser él mismo.



Esa misma tarde, Gurdjieff presenta a Ouspensky ante sus alumnos, en un departamento deshabitado de la ciudad. Uno de ellos lee fragmentos de "Vislumbres de la verdad", el primer libro que resume las enseñanzas de Gurdjieff, recopiladas por sus discípulos. Ouspensky está confundido, asombrado, perplejo. En los días siguientes, repiten los encuentros en el mismo café. A la semana, el matemático está entregado a los pies de su maestro.

Disertando entre eruditos

Ouspensky es algo más que su discípulo más reconocido. Es, para Gurdjieff, el eslabón que le permite abrir sus ideas a los mayores académicos de Europa. Ciudadanos ilustres, historiadores, directores de eminentes socledades. Ouspensky los conoce a todos. Y organiza conferencias de su flamante maestro en instituciones y casas de personas influyentes de San Petersburgo. En aquellas sesiones, Gurdjieff viaja desde Moscú a practicar una de sus máximas: "la gente sólo puede digerir la verdad, bajo la forma de la mentira".



Para Gurdjieff, intercalar mentiras es un excelente método para filtrar seguidores. Sólo aquel que pueda descubrir la verdad profunda dentro de una mentira superficial, está abierto para recibir su mensaje. Si no lo persuade con una mentira, busca venderle una alfombra de su colección a un precio desorbitante. Y, como último recurso, asume el rol de otra de sus máscaras, Tifón el Sórdido, un maltratador.

El horror de la situaclón

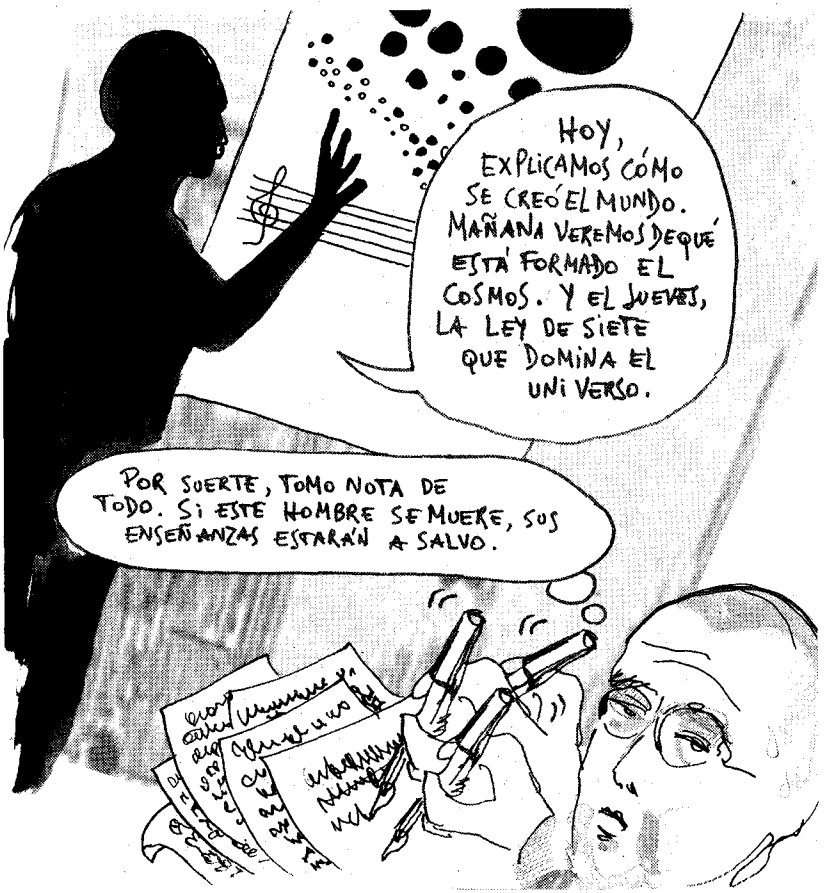
En julio de 1914, la Primera Guerra Mundial lo sorprende en un momento en que su Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre, comienza a cosechar cada vez más adeptos. Alemania declara la guerra a Rusia. Rusia a Turquía. Los turcos desatan la matanza del pueblo armenio.



La existencia no pudo reservarle a Gurdjieff peor época de la historia. Y, por otra parte, no pudo elegir mejor época para poner a prueba sus lecciones basados en adaptarse a cualquier situación sin comprometer la esencia. Gurdjieff presencia levantamientos, guerras nacionalistas, masacres, atentados. La historia le da con todo lo que tiene.

Enseñanzas intensivas

Para 1916, Gurdjieff reúne un grupo estable de 30 discípulos. En febrero, con Europa en guerra permanente, y Rusia desahuciada por conflictos internos y externos, apura la marcha. Se dedica a enseñar a sus alumnos la parte central de sus conocimientos en jornadas intensivas de estudio. Le toma 25 semanas.



Tras varios meses de agotadora teoría, Gurdjieff da por terminado el ciclo explicativo y se propone incursionar en la práctica. Para desdicha de muchos de sus alumnos. Y para entusiasmo de otros.

Demoliendo egos

Para empezar la práctica, Gurdjieff exige a sus discípulos hacer un superesfuerzo. Dar más de lo que se puede. Exprimir hasta la últma gota de sudor. "Los esfuerzos ordinarios no cuentan", les dice. Sometidos a trabajos físicos y psicológicos desgastantes, a excursiones sorpresivas por el río, agotados por el escaso descanso y las jornadas demenciales de ocupaciones diversas, sus alumnos, uno a uno, se desenmascaran. Gurdjieff les tira con munición gruesa hasta que caen sus egos, sus falsas personalidades. Y queda su esencia al desnudo.



A Gurdjieff le apasiona experimentar con sus discípulos. Los coloca en situaciones inesperadas y observa sus reacciones. "Todos asumen roles conocidos para determinadas circunstancias", explica, "pero si los coloco en situaciones diferentes, por un momento, se volverán ustedes mismos". En aquellas semanas de entrenamiento espiritual, coloca el ego de un alumno en estado de trance hipnótico, mientras discute sobre la guerra. Cuando le pregunta qué quiere para su vida, el alumno, repentinamente calmo, contesta como un niño: "Me encantaría un poco de mermelada de frambuesa". Pero el gran número Gurdjieff lo reserva para su discípulo favorito.

Contacto telepático

De sus seguidores, Ouspensky es el más difícil de sugestionar. Es, en definitiva, un matemático. Y, a pesar de que cree en la existencia de poderes paranormales, vio demasiados estafadores en el camino, para confiar en el primer milagro que salga a su paso. Sin embargo, en agosto de 1916, en casa de una discípula en Finladia, mlentras Gurdjieff explica posiciones de yoga, sucede lo que tanto espera.



Los episodios telepáticos se repiten durante tres semanas. Incluso sostienen una conversación mental desde Finlandia hasta las proximidades de Moscú adonde viaja Gurdjieff en tren. Y el matemático vive otro episodio que lo deja perplejo: cada vez que sale a la calle, puede ver con sus propios ojos, quiénes están dormidos. Ouspensky somete los hechos a infinidad de conjeturas. Descarta hipnotismo y efecto de narcóticos. Se queda con la más difícil de todas: el milagro. "Los sucesos del orden superior", se dice. "No pueden medirse con métodos científicos". Poco tiempo después, es enrolado en la armada rusa.

Un músico en el grupo

Thomas Alexandrovitch de Hartmann es un músico joven, notable y respetado en Rusia. Uno de sus ballets es protagonizado por el gran Nijinsky y aclamado en persona por el zar Nicolás II. Estudia con los grandes maestros, y, gracias a su adinerada esposa, Olga Arcadievna, goza de un extraordinario pasar. Pero la guerra, como a muchos, lo capta como oficial de reserva de las tropas imperiales. Lo suyo, sin embargo, es la música y la búsqueda de un maestro espiritual. En 1916, con Rusia al borde de la guerra civil, conoce a Gurdjieff y cambia su vida para siempre.



De Hartman y su esposa se convirtien en sus discípulos más leales. Lo siguen hasta el final. Gurdjieff compone junto a Thomas 300 obras para piano, inspiradas en músicas que absorbió en sus innumerables viajes por Asia Central. Gurdjieff tararea la música, Hartmann las escribe en partituras y las cierra melódicamente.

La larga partida

La situación política y social en Moscú es insostenible. En diciembre de 1916, el brujo consejero imperial, Rasputín muere asesinado en un complot de la nobleza. Los días del zar Nicolás II están contados. Gurdjieff resuelve asuntos pendientes en Moscú y Petrogrado, y parte con su mujer rumbo a Alexandropol, a la casa de sus padres en Armenia. Quiere salvarles el pellejo de los estragos de la guerra. Después sigue rumbo a Essentuki, en Rusia donde propone a su familia que lo sigan.



Mientras Gurdjieff viaja, Nicolás II abdica al reino. El plan de la nobleza para destronarlo es un éxito. Pero los resultados les juega en contra. En noviembre, triunfa la revolución bolchevique y Vladimir Lenin asume el poder. Comienza el largo reinado del comunismo.

La ruptura

En 1918, Ouspensky, ya liberado de la milicia, decide abandonar a su maestro. Lo acompaña sin vacilar por la costa del Mar Negro escapando de la guerra civil, supera seis semanas de experimentos intensivos en Essentuki, pero Gurdjieff le pone delante pruebas que lo exasperan. Está desencantado. Cree que su mensaje y sus actos transitan carriles opuestos. Gurdjieff lo convoca a una ciudad y no le dirige la palabra. Le anuncia que tiene planes para visitar un sitio y termina radicándose en otro. Lo pone en ridículo. Y, por entonces, Gurdjieff presta especial énfasis en la enseñanza de danzas sagradas, algo que al intelecto de Ouspensky no le produce satisfacción alguna.



Si bien no está en desacuerdo con sus teorías, Ouspensky siente que los métodos del maestro rozan con la inescrupulosidad. Una vez que Gurdjieff vuelve a instalar su escuela después de la guerra, esta vez en Essentuki, lo convoca para disertar sobre ocultismo con el fin de promover el instituto. A continuación de su charla, pone a un orador de baja estopa, el Dr. Black. Para los cánones de Ouspensky, resulta un insulto a su conocimiento. Es el adiós.

La muerte del padre

El mismo año en que Ouspensky corta con su maestro y viaja a Londres para reunir a sus propios discípulos, Gurdjieff recibe en Essentuki a lo que queda de su familia, hambrienta y devastada por la guerra. Gurdjieff les busca refugio a salvo de las invasiones turcas que amenazan arrasar con Alexandropol. Todos están allí. Excepto su padre que declina la oferta. Ioannas Giorgiades decide enfrentar el destino a su modo.



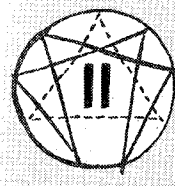
Giorgiades muere desangrado, a los 85 años. Los turcos saquean la casa, llevándose preciosos cuadernos de notas del propio Gurdjieff, junto con las leyendas que contaba su padre. Su hijo levanta una lápida en su honor que reza: "Yo soy tú, tú eres yo, él es nuestro, los dos somos de él, que todo sea para nuestro prójimo". Es el 15 de mayo de 1918.

La expedición científica

Mal año 1918. La sombra de la guerra civil se cierra ahora sobre Essentuki, donde Gurdjieff inaugura, en un edificio de dos pisos, la Sociedad Internacional Idealista. Tiene 85 personas a su cargo, entre familiares y alumnos. Para mejorar sus finanzas y enrolarse bajo la patria comunista, ordena a sus discípulos legar a la sociedad la totalidad de sus bienes. Essentuki es un volcán en erupción. No se puede trabajar sin que sus alumnos sean reclutados o fusilados. Gurdjieff dispone todo para que su familia esté a salvo. El 6 de agosto anuncia la partida de una rimbombante travesía científica rumbo al Cáucaso, que explorará supuestos yacimientos de oro. Parte junto a un grupo de 21 discípulos. La meta, en verdad, es seguir con sus enseñanzas y escapar de la guerra.

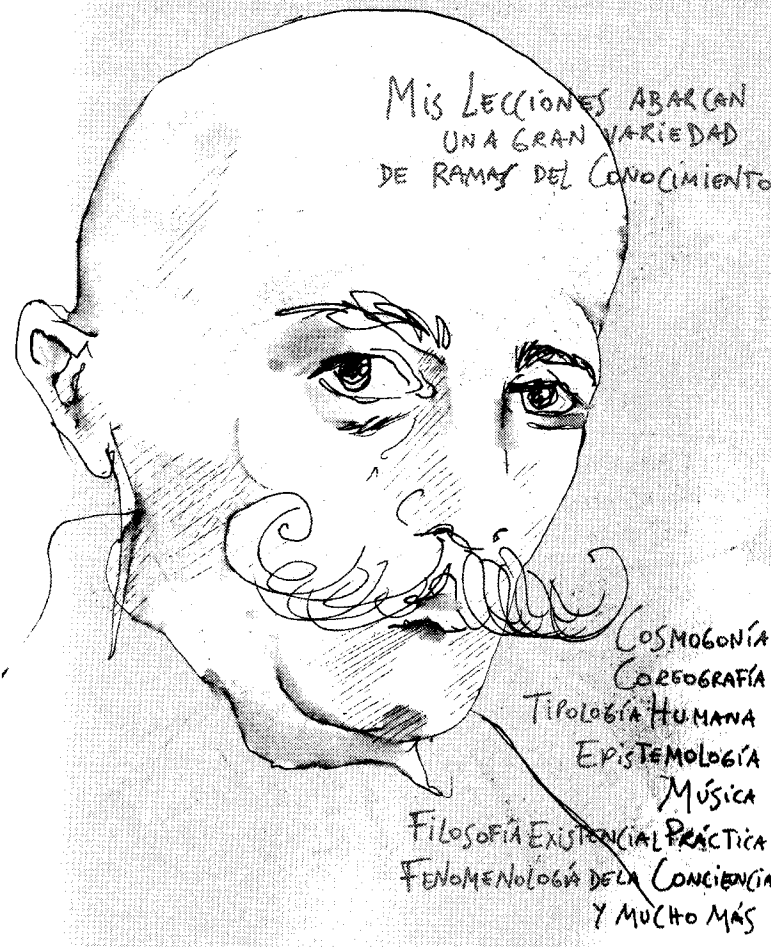


La expedición es ardua y penosa. En cinco oportunidades, cruzan la línea de fuego. Gurdjieff, como siempre, viaja con dos pasaportes. Uno, para los aliados bolcheviques. Otro, para la oposición. Tardan seis meses en llegar a destino. En el camino varios alumnos abandonan. En enero de 1919, finalmente, se establecen en Tbilisi –ex Tiflis-, capital de Georgia, ciudad que Gurdjieff conoce bien. Allí pueden trabajar en paz. Al menos, momentáneamente.
Pero interrumpamos esta historia aquí. Dejémoslos un tiempo solos. Es hora de conocer el Trabajo de Gurdjieff por dentro. Y saber si usted está hecho para él.



EL MENSAJE

A lo largo de su vida, Gurdjieff escribe cuatro libros, compone trescientas piezas para piano, un ballet y, se estima, más de cien danzas sagradas. Sus enseñanzas destilan su propia ambición de maestro: la necesidad de explicarlo todo, desde la descomposición de la molécula, hasta el cosmos.



La lucha contra el sueño

El pensamiento de Gurdjieff es un aprendizaje encandenado. Una cosa conduce a la otra. Sin embargo, cada vez que se propone interiorizar a un nuevo alumno sobre el cuerpo de sus enseñanzas, comienza con una premisa: usted está dormido. Y se pone a contar la parábola del mago y los corderos. Escuchémosla de su boca.




Y, ANTES DE DESPERTARLAS DEL HECHIZO, LES AÑADIÓ:
¡ADEMÁS USTEDES NO SON OVEJAS. EN EL GRUPO HAY LEONES. MAGOS. ÁGUILAS. ¿QUIÉN LES DIJO A USTEDES QUE ERAN OVEJAS?»
GRACIAS A ESTO, EL MAGO NO VOLVIÓ A TENER PROBLEMAS CON EL REBAÑO. NINGUNA OVEJA VOLVIÓ A ESCAPARSE. AÚN MÁS, DESDE ENTONCES, AGUARDABAN PACIENTEMENTE A SER DEGOLLADAS.
PUES BIEN, ESTA PARÁBOLA ILUSTRA LA SITUACIÓN DEL HOMBRE: ESTÁ DORMIDO Y PASA SU VIDA CREYENDO QUE ES ALGO QUE NO ES.

La culpa es de la Kundalini

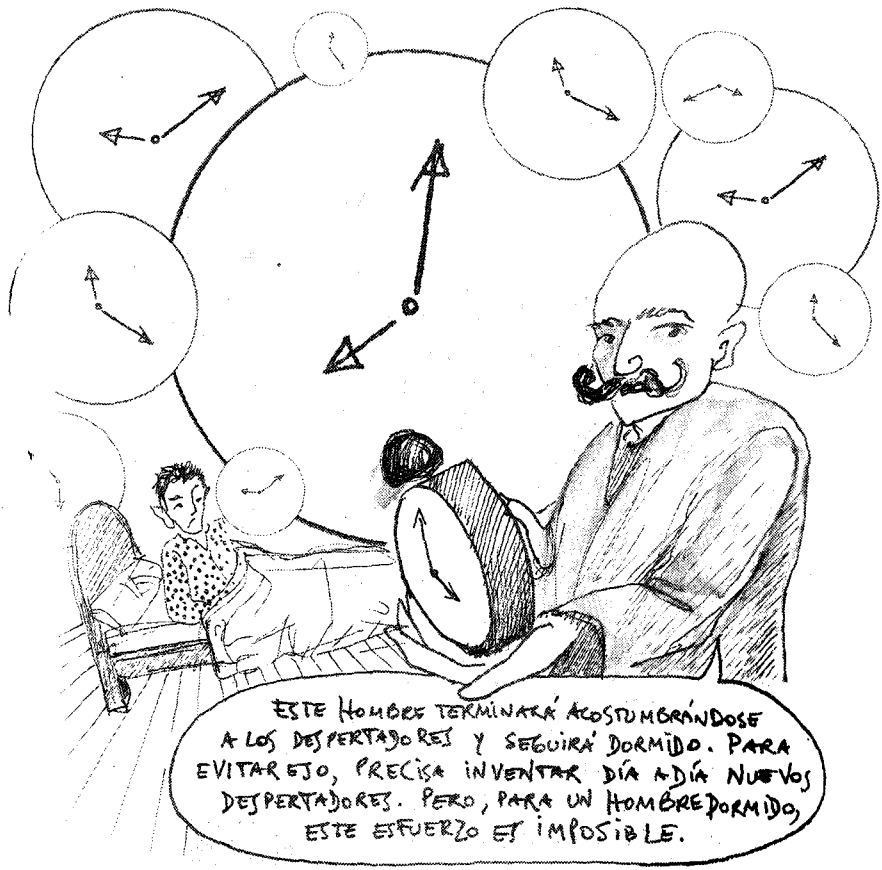
La filosofía oriental afirma que la Kundalini es una energía que baja del cosmos, entra en las personas a través de su sexo y debe ser reciclada en una energía superior. Gurdjieff no está de acuerdo. Para él, Kundalini es la fuerza de la imaginación, las ilusiones y la hipnosis que deben ser erradicadas del hombre. Es el hechizo del mago pastor. La verdadera responsable de que el hombre esté engañado y dormido.



Para el hombre ordinario es muy difícil despertar. A lo sumo, puede soñar que ha despertado y aún así, seguir hipnotizado por la Kundalini. Gurdjieff sostiene que lo mejor que puede hacer, es tomar conciencia de ello. Y saber que existe una forma de despertar. Pero, ¿cuál?

El gran despertador

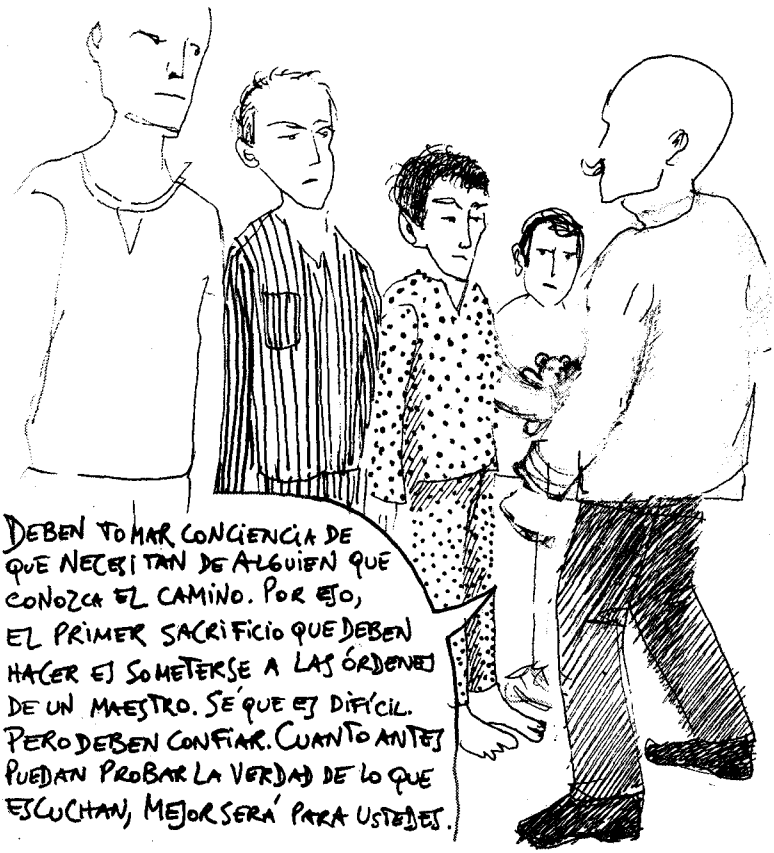
¿Qué se necesita para despertar al hombre? Gurdjieff responde: "Es necesario un buen choque". Pero con uno no basta. Para salir del sueño profundo, necesita estar expuesto a incesantes choques. Rodearse de infinidad de despertadores que lo saquen del sueño. Y aún así, eso sería insuficiente.



Si eres un alumno nuevo, seguramente Gurdjieff te hará mención de su máxima, reservada a los recién llegados: "Un hombre solo", afirma, "no puede hacer nada". Necesita ayuda. Necesita de otros que estén en el mismo camino para despertarse mutuamente e intercambiar despertadores.

La necesidad del grupo

Un grupo es vital para despertar. Pero se necesita, dice Gurdjieff, un guía que organice el trabajo y los conduzca por el buen camino. De lo contrario, por más que se despierten entre los miembros, el sacrificio no los llevará a ninguna parte. Para despertar, se necesita de un maestro que haya pasado por esa misma experiencia.



El trabajo del grupo no debe someterse a las metas personales de cada uno. Es el maestro quien reconoce los problemas particulares e impone metas a cada integrante. Muchas veces, estas metas se mantienen ocultas al alumno hasta que, entiende el guía, está preparado para conocerlas.

La desilusión reveladora

Gurdjieff sólo toma discípulos, según dice, con una mínima formación previa. Para seguirlo, él requiere del alumno un conocimiento esotérico básico. La intuición de que existe una sabiduría escondida e inalcanzable para el común de los hombres. A Gurdjieff no le preocupa la ocupación del alumno. Puede ser desde filósofo a carnicero. Pero es inclaudicable en un solo aspecto.



Una vez que la persona descubre que sus conocimientos no lo llevan a ninguna parte, una vez que baja la guardia y acepta que los caminos que tomó son callejones sin salida, está abierto a recibir la enseñanza de boca de los que saben.

¿Es un buen maestro?

Un discípulo nunca puede avanzar sin un guía. Y, por regla general, éste jamás puede descubrir el nivel de conocimiento de su maestro. Están en planos diferentes. Con lo cual, es muy difícil que comprenda en profundidad sus lecciones. Gurdjieff asegura que un alumno de un nivel de conocimiento inferior, no puede tener un maestro muy avanzado.



Rara vez uno encuentra a un discípulo que valga la pena. Sin embargo, en su mayoría, ellos son de lo más pretenciosos y no toleran como maestro a alguien que no sea el mismo Jesús.

Las condiciones del trabajo

Para ser discípulo de Gurdjieff, él impone otras dos condiciones. **Reserva absoluta** de todas las lecciones impartidas y los resultados. Y **sinceridad total** con los demás miembros y con su maestro.



Como habrá deducido, conociendo su vida, Gurdjieff no es un **defensor de la** sinceridad en todo ámbito. Él defiende lo que llama "la **sinceridad inteligente**". Traducida así: sinceridad total con el grupo de trabajo. Y **sinceridad calculada** con el mundo exterior, de acuerdo a la situación.

El ashram de la vida

A pesar de que elogia la enseñanza formal y organizada focalizada en un instituto, Gurdjieff busca reproducir en sus discípulos los obstáculos y conflictos de la vida cotidiana. De lo contrario, explica, si el instituto se convierte en un oasis en medio del caos, cuando el alumno pone un pie afuera queda sin armas para defenderse.



El hombre vive en una prisión cuyos barrotes son sus ilusiones y sus falsas ideas de sí mismo. Una verdadera enseñanza debe quitarlo de sus máscaras habituales, sacarlo de su repertorio y exponer su alma. Para Gurdjieff, la comodidad es sinónimo de evasión. Es decir, más Kundalini.

El valor de lo difícil

Nadie como Gurdjieff conoce tanto las trampas y los laberintos de la mente. Por eso, imparte sus lecciones y sus conferencias sin horarios ni programas estipulados. No sólo detesta la comodidad como método de enseñanza, además, impide facilitar el acceso a su aprendizaje. Al que quiere celeste que le cueste.



Dificultar las cosas es también una forma de seleccionar a sus discípulos. "Si un hombre no está dispuesto a dar todo por el trabajo espiritual", afirma, "no lo quiero como alumno".

La falsa personalidad

Todo hombre tiene un rasgo, una marca de carácter, una debilidad central que le impide crecer y que representa el sello de lo que Gurdjieff llama "su falsa personalidad". La mayoría de las veces, su entorno lo conoce. Los apodos son un reflejo de eso. De acuerdo al defecto principal que encuentra en cada discípulo, Gurdjieff fija acciones especiales destinadas a demolerlo. Conquistar el rasgo principal es parte central de su trabajo.



No siempre Gurdjieff revela abiertamente el defecto principal en cada discípulo. A veces, si lo entiende así, deja que cada uno lo descubra por su cuenta.

Tareas con sentido oculto

Si usted decide ser alumno de Gurdjieff, las primeras tareas que le propondrá son sencillas y, bajo ningún aspecto, parecerán dadas como órdenes ni como enseñanzas.



Cuando el alumno comprende que toda tarea, por más inocente que fuere, es un eslabón dentro del trabajo sobre sí mismo, Gurdjieff comienza a impartir lecciones más profundas.

Derribando barreras

Todo verdadero maestro espiritual es un destructor de barreras. ¿Qué es una barrera? Un muro que levanta el ego para esconder la verdadera naturaleza del hombre. Gurdjieff sostiene que el trabajo del maestro consiste en comenzar derribando en sus alumnos las barreras inferiores, las más pequeñas. E ir lentamente progresando a las más arraigadas a la personalidad.



Gurdjieff sabe que, a medida que el discípulo se conoce a sí mismo, saldrá corriendo espantado con sus descubrimientos. Pero, ¿cuál es el costo de renunciar al trabajo? Seguir siendo el mismo de siempre.

El primer obstáculo

¿Cuál es la barrera inicial que debe vencer un discípulo? ¿Cuál es el primer muro que debe dinamitar el maestro? Gurdjieff no tiene dudas al respecto: el hombre, como primera medida, necesita dejar de mentir.



Si el alumno no es sincero, si disimula sus dificultades, el maestro no puede trabajar con él. Gurdjieff observa: "El hombre se miente tanto a sí mismo que ya dejó de notarlo. Pero la mentira debe ser conquistada".

El paso siguiente

Una vez que un alumno es transparente y sincero frente a su maestro, está preparado para enfrentar la segunda barrera: detectar los miedos. Y destruirlos.



El miedo a exponerse en público, el miedo a desprenderse de los apegos, el miedo a estar solo. A estos miedos se refiere Gurdjieff. Y, como él los asocia con desprendimientos de la falsa personalidad, los considera ilusorios, inventados. Por eso, una vez que se los reconoce mediante el trabajo, pueden ser destruidos.

El hombre máquina

Al igual que el avión, el coche y el lavarropas, el hombre también es una máquina sin vida propia. Así lo entiende Gurdjieff. Pero, a diferencia de otras máquinas, él mismo debe estudiar su funcionamiento, pues, en términos generales, no lo conoce.



Primero, el hombre debe conocer su máquina en su totalidad y recién entonces, es capaz de aprender a manejarla. Una maniobra equivocada, afirma, es tan peligrosa como conducir mal un avión.

Todos esos yoes

El hombre máquina no tiene un yo individual y permanente. Cambia todo el tiempo. Gurdjieff dice que en cada hombre habitan cientos de yoes, que se desconocen entre sí, y se creen amos de la máquina. El ser humano se engaña cuando se considera dueño de sí mismo. En un momento, es una persona. Luego, otra. No tiene principios. Ni convicciones. Ni moral.



La cantidad de yoes explica por qué el hombre promete tanto y cumple tan poco. No es sólo un problema de la clase política. Un pequeño yo hace una promesa y otro yo debe pagarla. La próxima vez que jure "amar por siempre", téngalo en cuenta.

¿Dónde está el amo?

Para explicar el caos en el que vive internamente el hombre, y la teoría de los yoes, Gurdjieff utiliza una metáfora oriental. El ser es una casa albergada por infinidad de sirvientes. Cada uno de ellos se cree el dueño del lugar y asume funciones que no le corresponden. El amo está fuera de la casa.



Sólo cuando la casa está en armonía y todos los yoes se hallan en su sitio, puede el hombre pensarse como una unidad y ser él mismo a tiempo completo. "Sin amo", dice Gurdjieff, "no hay alma".

El accidente vs. el destino

Si el hombre no es capaz de conquistarse a sí mismo, es decir, si no tiene su casa ordenada, vivirá toda su vida bajo la influencia del azar y el accidente. Como carece de conducción, las cosas simplemente le ocurren. Pero él no puede hacer nada por cuenta propia.



La noción de destino, según Gurdjieff, está emparentada con el cosmos. Y es lo opuesto al accidente. El destino es aquello que Dios le reserva al hombre que conoce su esencia y no se guía por los caprichos de su personalidad. Pero, ¿cómo descubrir cuándo actúa uno y cuándo el otro?

La lucha contra la personalidad

Gurdjieff desarrolla su propia psicología humana. Para él, la personalidad es todo aquello que no le pertenece al hombre. El hombre es como una esponja. Asborbe la educación, los valores famlliares, imita a sus referentes. En cambio, la esencia, aún cuando no llegue a conocerla nunca, es la propia esponja. Y ésta le pertenece y le ha pertenecido siempre. Es todo lo firme y verdadero que hay en él.



Este desarrollo desmedido de la personalidad en el hombre moderno, lleva a Gurdjieff a sostener que lo mejor es trabajar con la gente siendo aún niños. Pues un hombre adulto, admite, tiene escasas posibilidades de desarrollar su esencia. "¡Hay tantas máquinas rotas sin arreglo!", observa Gurdjieff. "Son la gran mayoría".

El niño interior

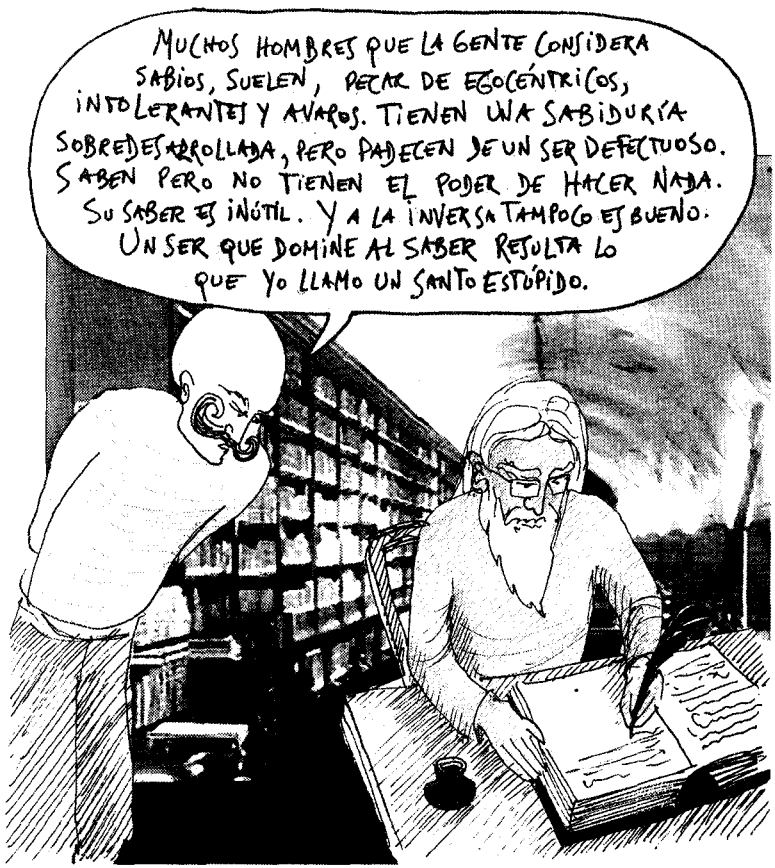
Un hombre que vive entre la naturaleza, superando los obstáculos que ésta le presenta, tiene más oportunidades de desarrollar su esencia que otro que vive sumergido en la ciudad, influenciado por modas, culturas y medios de comunicación. La personalidad impide el desarrollo de la esencia. Éstas son palabras de Gurdjieff.



Gurdjieff reconoce un momento clave en el trabajo espiritual. Es cuando el alumno logra tomar conciencia y separar claramente su esencia de su personalidad. Recién entonces puede desarrollar lo que hay de verdadero en él.

¿Ser o saber?

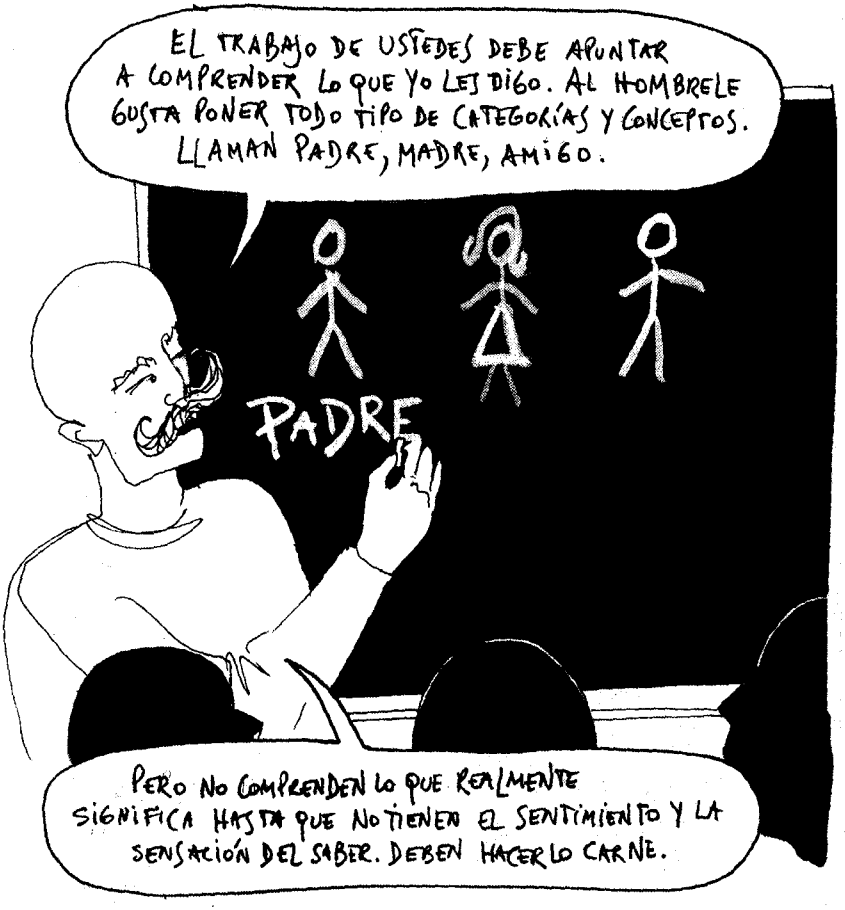
Las enseñanzas de Gurdjieff tienden a construir un hombre en equilibrio y armonía. Para él, toda desigualdad interior frena el crecimiento. Por eso, pone el acento en que el desarrollo del saber debe ser proporcional al desarrollo del ser. Si un hombre sabe demasiado, pero no es un hombre íntegro, es un ser inacabado. Una rosa sin aroma. Una fruta sin sabor.



Gurdjieff dice que el saber depende siempre del ser. Si el ser no sube un escalón, el saber tampoco. Simplemente, acumula información de una misma naturaleza. Un ser maduro y un saber inmaduro, tampoco es productivo. Pueden hacer, pero no saben qué. Como siempre, el punto medio es el ideal.

El objetivo de la comprensión

La siguiente no es una cuestión gramatical. Gurdjieff explica que, si no se tiene en cuenta esto, no se pueden seguir adecuadamente sus enseñanzas. Para él, el saber se ejecuta con la mente. El comprender, en cambio, se realiza con todo el cuerpo. Saber de una cosa, no implica que se la haya comprendido. Pero la gente no establece diferencia alguna. Y se equivoca.



Las calificaciones, categorías y falsos conceptos denotan que algo se sabe, pero no se comprende. Sólo en la práctica se revela su ignorancia. Para comprender algo, es necesario sentirlo. De lo contrario, sólo se actúa con la mente.

No al conocimiento prestado

La gente llama conocimiento propio a aquello que es información prestada, leída de libros, vista en la televisión, o reproducida de conversaciones. Gurdjieff sostiene que el conocimiento prestado no sirve. Es falso. Es necesario que el buscador lo encuentre por su cuenta. Recién entonces podrá comprender.

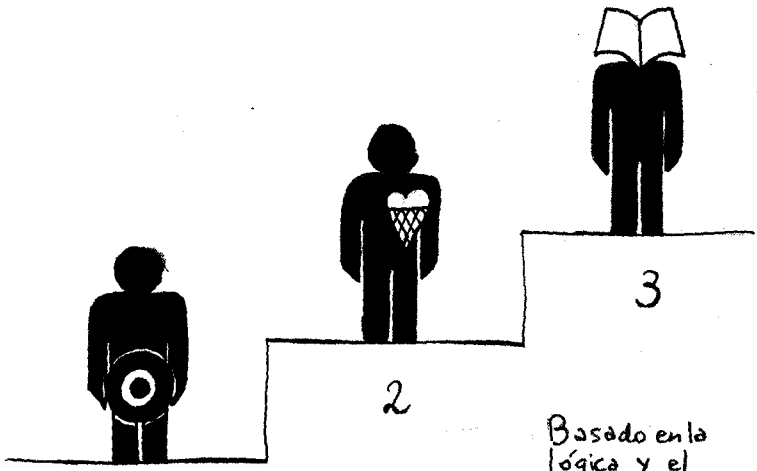


Si bien es un gran lector, Gurdjieff desaconseja a sus alumnos esperar respuestas de los libros. Y los fuerza, de algún modo, a "leerse a sí mismos".

La escala del saber

Según su grado de desarrollo, Gurdjieff asegura que existen siete clases de hombres. Entre el primero, el más mécánico y animal de todos, y el último, equilibrado y consciente, hay un esfuerzo y un trabajo dirigido hacia el crecimiento interior.
En estas categorías, Gurdjieff intenta demostrar por qué el hombre sólo puede evolucionar cuando el ser y el saber avanzan en equilibrio. Dice que esta escala es aplicable a toda expresión humana, empezando por el arte.

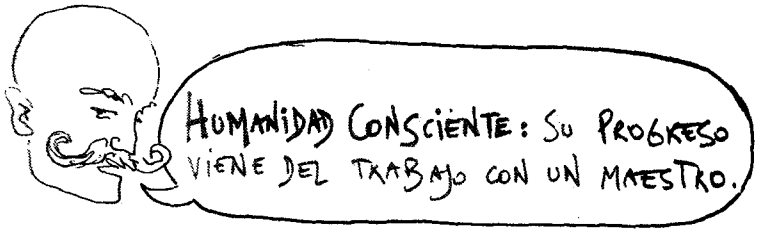
HUMANIDAD MECÁNICA: NO PROGRESAN. MUEREN CON EL MISMO DESARROLLO QUE HAN NACIDO.

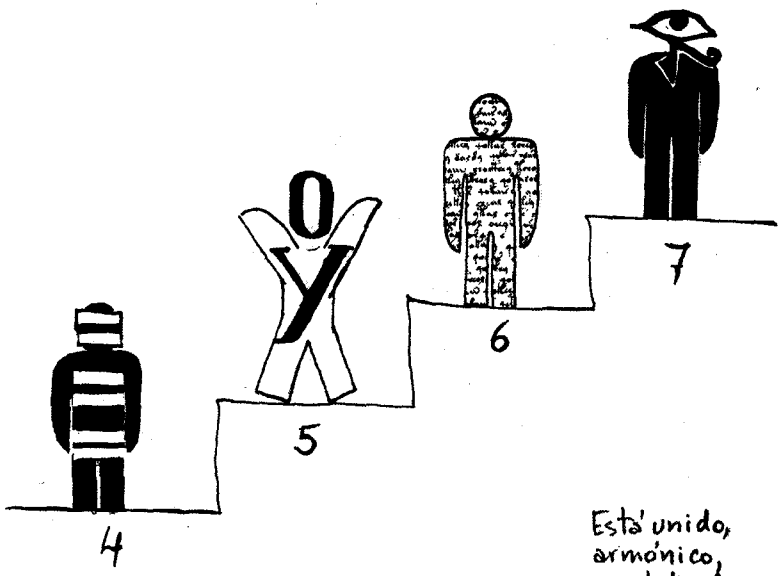


Es pura reacción, como un mono. Repite todo. Predomina el instinto. Gurdjieff se resiste hasta a llamarlo hombre.

Tiene su centro psíquico en las emociones. Cambia según sus estados anímicos. Sólo sabe de lo que le gusta.

Basado en la lógica y el aprendizaje de biblioteca. Todo lo que aprende lo observa desde la razón. Como su ser no evoluciona, no trasciende a otros niveles de desarrollo.





Su intelecto, sus emociones y sus instintos están equilibrados. No está influído por el exterior. Tiene peso propio. Sabe lo que quiere.

No está más fragmentado por múltiples yoes. Está unificado. Sólo pudo recibir este conocimiento de maestros de categorías más avanzadas

Concentra en él todo el conocimiento accesible a la humanidad. Sin embargo, aún en ese estado puede perderlo.

Está unido, armónico, cristalizado, y tiene el saber objetivo y práctico de todo. Nada puede quitárselo. Es el hombre consciente que logra despertar.

Estados de conciencia

A la clasificación de los distintos tipos de hombres, Gurdjieff suma otra tablita que responde a los estados de conciencia de acuerdo a la evolución del ser. A cada peldaño de crecimiento, le corresponde el acceso a una conciencia superior. Gurdjieff considera que el principal obstáculo del hombre para evolucionar en sus estados de conciencia, es el hecho de creer que ya está evolucionado. Se cree conciente. Y de ese modo, renuncia a la búsqueda. El hombre tiene el camino frente a su nariz, pero se niega a tomarlo.



Los hombres pasan un tercio de su vida dormidos. Es un estado pasivo. Los deseos que no pueden cumplir cuando se levantan, los satisfacen en los sueños.

El hombre ordinario discute, se enamora, trabaja, en este estado subjetivo de conciencia. Sin embargo, no controla sus pensamientos ni sus emociones. Duerme con los ojos abiertos. Y, lo que es peor, bajo este estado, ocasiona guerras, divisiones y más conflictos.

RECUERDO DE SÍ



Recién en el tercer estado, el hombre puede despertar y ver la realidad tal cual es. Objetivamente. Puede observar a los otros seres hundidos en el sueño. Es la conciencia de su propio ser. Esto es muy importante. Así que lo retomaremos más tarde en profundidad.

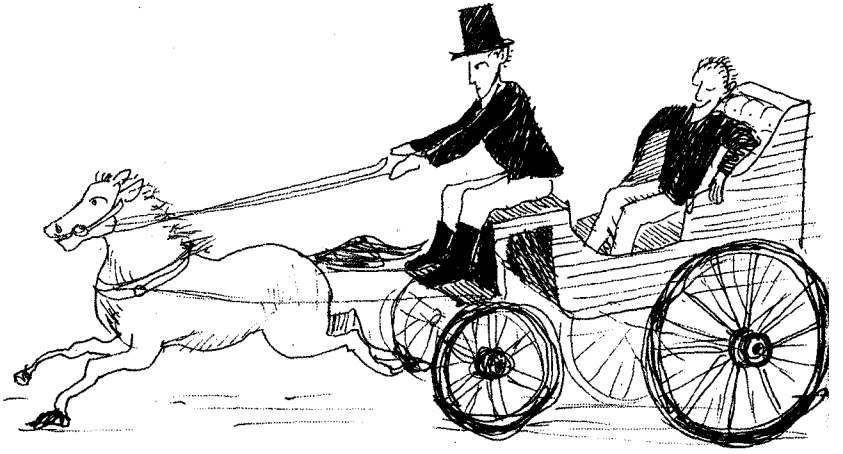
CONCIENCIA OBJETIVA



Este estado es el resultado del trabajo sobre sí mismo. También se lo llama iluminación. Hay gente que alcanza fugazmente una experiencia de conciencia objetiva utilizando alguna droga y vuelve a perderlo. Pero los atajos no llevan a buen camino. El objetivo es obtenerlo para siempre, mediante el crecimiento interior.

¿Y cómo me despierto?

Gurdjieff dice que esta es la pregunta más importante que debe hacerse una persona. A partir de aquí, comienza el verdadero trabajo. Para despertar, es necesario entender la metáfora del caballo y el cochero, donde se representan los cuatro cuerpos del hombre.



CABALLO

Representa las emociones y deseos siempre cambiantes y contradictorios. Es su cuerpo astral.

COCHERO

Constituye el pensamiento del hombre, que sigue sus proyecciones. Es su cuerpo mental.

CARRUAJE

Es el cuerpo físico y biológico del hombre. Sólo obedece.

AMO

Es la voluntad, la conciencia, el Yo inmutable. Su cuerpo causal.

En el gráfico de la casa y los mayordomos, Gurdjieff ilustra la necesidad de reunificar a los yoes. Aquí, en un simple dibujo, explica el complejo mecanismo humano y adónde hay que enfocar el trabajo: en domar a los caballos, despabilar al cochero, encontrar urgente al amo y despertarlo. "La mente", dice Gurdjieff, "es como el cochero que, mientras se sienta a beber en el bar, sueña que conduce su carruaje adonde él quiere".

Domando al caballo

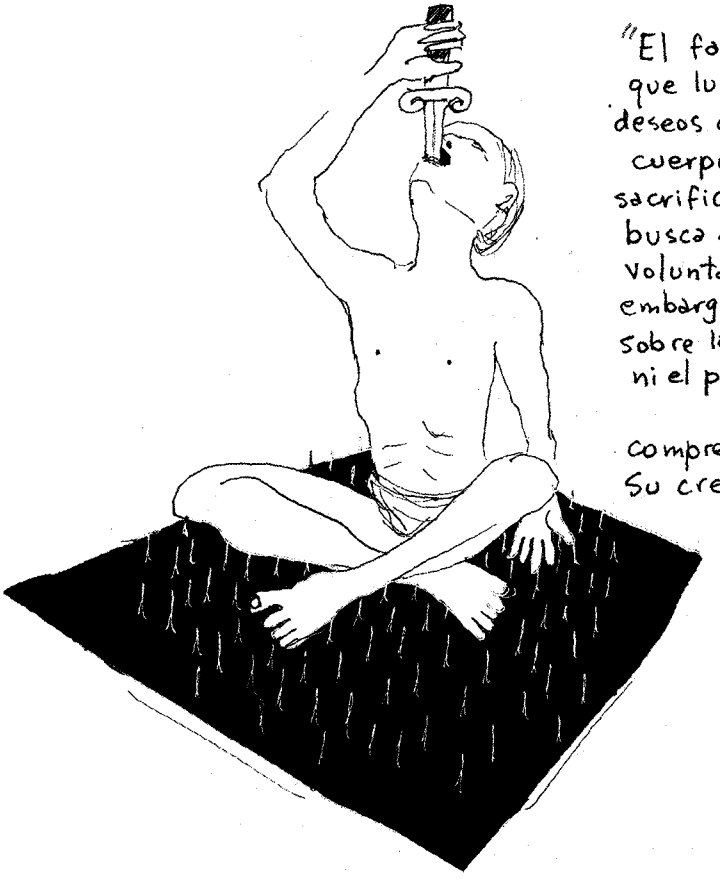
Por más que el cochero sepa idiomas, tenga un doctorado en una importante universidad, el caballo sólo entiende el lenguaje de las riendas. Si no se conquista al animal, el carruaje no llegará jamás a destino. El cambio interior, dice Gurdjieff, está en manos del caballo.



El único elemento que está formado intelectualmente del equipo es el cochero. Ni siquiera el carruaje tiene instrucción. Este también, tarde o temprano, deberá ser reparado, recibir lecciones y reformarse al ritmo del caballo. Terminada la parábola del cochero, quedamos a las puertas para analizar los cuatro caminos de conocimiento que podrá atravesar el carruaje, una vez que es puesto en marcha. Una lección central para la escuela de Gurdjieff.

El camino del faquir

Nada se consigue sin entrar a un camino. Grudjieff destaca la existencia de cuatro caminos del conocimiento. Todos conducen al despertar. Pero sólo uno lo consigue realmente. Aún así, es bueno describirlos a todos. Más allá de la mitología en torno a los supuestos milagros del faquir, Gurdjieff dice que este es el camino más básico.



"El faquir es aquel que lucha contra los deseos de su propio cuerpo. Mediante sacrificios terribles busca desarrollar su voluntad física. Sin embargo, no trabaja sobre las emociones, ni el pensamiento. Sabe poco y comprende menos. Su crecimiento es incompleto."

Si bien el faquir desarrolla su voluntad tras penosos ejercicios físicos, no tiene en qué utilizarla. Gurdjieff dice que el camino del faquir demora una vida, y cuando éste descubre que no lo lleva a la verdad, es tarde. El faquir ya es anciano. No le queda tiempo para seguir otro camino más elevado.

El camino del monje

Es un camino largo y, si bien no se somete a las pruebas físicas del faquir, el sendero del monje también es solitario y a menudo penoso. Está basado en los sentimientos religiosos. Es el camino de la fe. Busca dominar sus deseos, a través de la esperanza metafísica en Dios.

"El monje desarrolla la voluntad y, si tiene éxito, logra conquistar sus deseos. Pero no trabaja sobre su físico ni sobre su mente. Ha centrado su desarrollo en las emociones. Alcanza en una semana de ayuno lo que al faquir le lleva un mes de torturas. Sin embargo, no deja de ser un camino de conocimiento insuficiente."



Gurdjieff pondera lo que hay de bueno en cada camino. Pero critica la falta de un elemento integrador. El monje pone la fe en primer lugar, pero olvida crecer en otros centros del saber. Igual que el faquir, su crecimiento no le es útil.

El camino del yogui

El centro de esta senda es el intelecto. Gracias a la conquista del conocimiento, a nivel mental, el yogui descubre su situación en el mundo. Puede dominar sus pensamientos, pero si bien es un camino más elevado que los dos primeros, no alcanza.



"Al yogui le sucede lo mismo que al faquir y al monje. Desarrolla una parte de su saber, en sacrificio de otros. Sin embargo, a diferencia de ellos, el yogui sabe que no sabe todo. Y a través de su concentración, puede llegar en un día a un estado de conciencia que al monje le lleva una semana y al faquir un mes."

Gurdjieff no defiende a ninguno de estos tres caminos. Por eso, en su escuela, se ve en la necesidad de fundar un nuevo movimiento, el cual lo hace mundialmente famoso. Un camino que concentra la esencia de sus enseñanzas, sus viajes y sus búsquedas. Un reflejo de lo que, según él, debe hacer el hombre para despertar.

El Cuarto Camino

Es difícil entrar hoy en día en los tres primeros caminos de conocimiento. Pocos rastros quedan de ellos. No existen, según Gurdjieff, escuelas auténticas de yoguis o faquires. Y el camino esotérico de las religiones en Occidente, para él, está perdido y desprestigiado. Cerrados los tres caminos, el hombre moderno que busca el conocimiento se golpearía contra cuatro paredes si no existiera, un nuevo sendero: el Cuarto Camino.

"El Cuarto Camino es integrador. Toma lo mejor del faquir, el monje y el yogui. Trabaja, al mismo tiempo, sobre las tres áreas del conocimiento: mente, cuerpo y emociones. No deja nada sin acabar. Y además, introduce un nuevo elemento desconocido para ellos: el recuerdo de sí mismo."



Este camino es, en apariencia, más fácil de iniciar que los otros, pues no requiere el renunciamiento. Uno no debe abandonar a su familia, sus relaciones y su trabajo, como en los tres restantes. Sin embargo, el cambio interno siempre es más difícil que el externo. El Cuarto Camino encuentra en la propia rutina, el material de trabajo sobre sí mismo.

Integrándolo todo

El Cuarto Camino plantea ejercicios simultáneos en los tres planos: físico, mental y emocional. Gurdjieff puede ordenar a un alumno que mueva los dedos de sus manos, mientras identifica a cada uno de ellos con emociones diferentes. Y, para rematar el ejercicio, debe desautomatizarse mentalmente con sumas incorrectas. Por ejemplo, repetir: 2+2=5, 2x4= 9.



A diferencia de los otros tres, el Cuarto Camino no tiene forma definida. Ésta, explica Gurdjieff, debe ser hallada por el propio alumno a través de sus ejercicios. Está cifrado en la propia vida.

El recuerdo de sí

Ahora que sabe lo que significa el Cuarto Camino, está preparado para conocer la clave que permite avanzar en él. Gurdjieff lo llama el recuerdo de sí. Ya hablamos de él, ¿se acuerda? (pág. 77). En cada acto de su vida, el hombre debe recordarse a sí mismo para estar conciente de lo que hace y percibir sus errores. De ese modo, descubre lo que Gurdjieff denomina "los errores de la máquina".



Si hay una idea sobre la que Gurdjieff vuelve una y otra vez sobre sus discípulos es la del recuerdo de sí. Según él, es la única forma que tiene el hombre de descubrir, por su propia cuenta, que en él hay cosas que no funcionan. Comprende, en definitiva, que está dormido y que actúa sólo con una mínima parte de su ser.

¿Y esto es importante?

En el camino esotérico y del conocimiento interior, muchos ejercicios pueden parecer pan comido para el intelecto. Son sencillos de explicar y, en apariencia, sencillos de poner en práctica. Sin embargo, durante cinco minutos, trate de recordarse a sí mismo y verá.

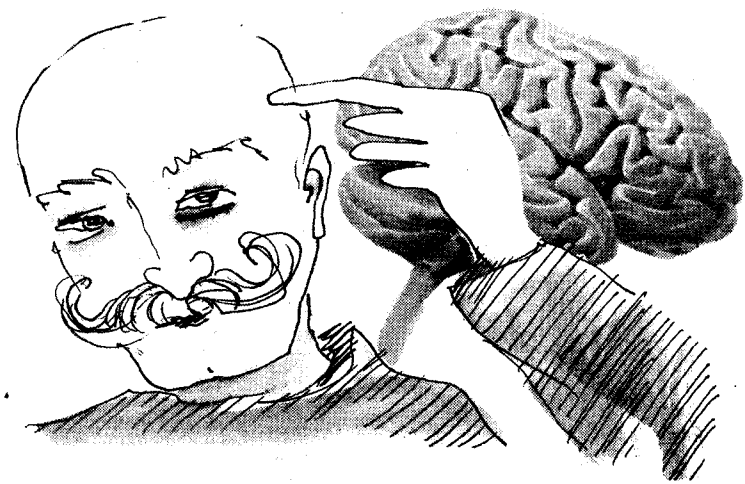


Gurdjieff dice que tomar conciencia de la imposibilidad de recordarse a sí mismo es un buen comienzo. Hasta que uno no practica un buen tiempo y desarrolla a un observador desapegado de sus acciones, no puede jamás tomar distancia y recordarse. Por otra parte, Gurdjieff enseña algunos trucos para ayudar a sus alumnos en la tarea del recuerdo de sí. Uno de ellos es el de la postura incómoda. Si uno se sienta de un modo inhabitual y levemente doloroso, sugiere él, podrá serle útil para recordarse.

Recordando con los tres centros

Ahora que sabe las dificultades de recordarse a sí mismo, Gurdjieff le añade otra: es cierto, se recuerda, ¿pero con qué parte del cuerpo lo hace? ¿Se recuerda con su mente, lo cual es lo más probable? ¿Lo hace con los sentimientos? ¿O lo hace mecánicamente?

QUIERO QUE HAGAN UN EJERCICIO CONMIGO. DIRÁN "YO QUIERO RECORDARME A MI MISMO". CUANDO DIGAN "YO", OBSERVEN LOS SENTIMIENTOS QUE PRODUCE ESTA PALABRA EN SU CABEZA, SU PECHO Y SU ESPALDA. LUEGO, DIGAN "QUIERO" Y PONGAN ATENCIÓN EN LA VIBRACIÓN QUE OCURRE EN USTEDES. ENTONCES PRONUNCIEN "RECORDARME", VERÁN QUE EN EL PECHO SUCEDERÁ ALGO APENAS PERCEPTIBLE. Y, POR ÚLTIMO, "A MÍ MISMO". CUANDO LO DIGAN, SENTIRÁN LA TOTALIDAD DE SU SER. NO SÓLO LA MENTE, COMO SUELE OCURRIR.



El objetivo de este ejercicio, como en todos los del Cuarto Camino, es poner en marcha los tres centros energéticos disponibles. Cada centro, explica Gurdjieff, tiene su propio acumulador de energía. Si se utiliza sin conciencia, se malgasta. En cambio, si se capitaliza para ocasiones importantes, la energía puede ser enormemente útil para el desarrollo interior. Pero ya hablaremos de cómo lograrlo.

El cambio es posible

Una vez que el hombre detecta sus problemas de fábrica y consigue ser un testigo imparcial de sí mismo, puede emprender el largo camino del cambio interior. Sabe cómo funciona hasta la pieza más insignificante de su máquina y conoce sus desperfectos, pues ahora es conciente. Antes, actuaba mecánicamente, por impulso, a oscuras. Gracias al recuerdo de sí, empieza a actuar a la luz de su voluntad.



La observación de sí mismo es la llave mágica que permite ingresar a la máquina. Devolver el amo a la casa. Poseer la llave es un paso gigantesco en el conocimiento. Para aquellos que ya la tienen en su bolsillo, Gurdjieff les prepara lo mejor.

Destruya un hábito

Gurdjieff desaconseja plantearse grandes metas de cambios en una primera etapa del aprendizaje. De hecho, él dice todo lo contrario: propone a cada uno que tome un hábito insignificante y nocivo, y se comprometa a barrerlo de su vida. "Hágalo su Dios", los desafía a sus alumnos. Si éste lo logra, es señal de que el caballo empieza a obedecer. Y la máquina, por lo tanto, está limpia, desempolvada y a punto.



Si se quiere algo con fuerza y determinación, según Gurdjieff, todo se puede lograr. Pero el dominio de sí mismo no llega de un día para otro.

Las fotografías mentales

En cada situación de la vida hay que resolver el siguiente interrogante: ¿qué centro motor está actuando ahora? ¿Actúo con el intelecto, con las sensaciones, o con el centro motor? Una vez resuelto esto, y ahora que ya conoce a su máquina, es hora de poner en práctica lo que Gurdjieff llama "fotografías mentales".



Un hombre que toma fotografías interesantes de sus gestos, sus humores, y sus respuestas mecánicas, al cabo de un tiempo descubrirá que es una persona muy diferente de lo que creía. Esa persona es él, tal como los demás lo conocen.

En serio, ¿ése soy yo?

El resultado de la colección de fotografías mentales, no es un álbum muy positivo para quien las mira. Sin embargo, Gurdjieff señala que el retratado, si bien es el ser real para el resto, no es el auténtico ser interior. ¡Alíviese, hombre! Por lo tanto, es necesario hacer una pequeña división. Ya reducidos la multitud de yoes que pululaban antes de iniciar el trabajo, ahora quedan solamente dos.



Como ejercicio, Gurdjieff propone empezar a nombrarse a sí mismo en tercera persona. Uno no es él. Romanov es la máscara que uno lleva en público. Es un buen comienzo para librar la batalla contra todo lo falso que habita en el ser.

Quitarse la máscara

Ahora observa que usted es dos personas. Reconoce que lleva una máscara pública y un observador interno. Bien, Gurdjieff es categórico en esto: su máscara es su amo, él lo controla. Por lo tanto, es su enemigo. Y su meta, desde hoy, debe ser una sola.



Gurdjieff advierte que esta etapa del trabajo sobre sí mismo, en particular, es la más peligrosa. Si no hay un maestro que guíe el proceso, el riesgo de enloquecen es tremendo. Por otra parte, es necesario una tercera persona que evalúe dónde actúa la máscara y dónde el observador interno. De lo contrario, se corren riesgos de que la máscara siga funcionando en forma encubierta e intervegan los topes. ¿Pero de qué está hablando este hombre? ¿Qué son los topes? Ahora lo verá.

Válvulas de seguridad

En sus días como fogonero en el ferrocarril, Gurdjieff observa que los topes entre vagones que amortigua los accidentes, tienen más de una similitud con la compleja máquina humana. En el hombre, los topes le impiden ver los choques entre sus contradicciones tal cual son. En fin, le impiden tomar conciencia de que está loco y le permiten seguir así con su vida en un halo de aparente normalidad.



Los topes se crean con la educación, con la imitación de actitudes de los demás. Son el cimiento que sostienen la falsa personalidad. Gurdjieff sostiene que es muy duro vivir sin topes. Sin embargo, la única posibilidad de conocimiento de sí mismo, es echando abajo las mentiras que uno se cuenta y derribando los topes que le impiden recordarse.

El tope moral

Nada produce tantos topes como la llamada moralidad. Lo que es permitido socialmente en una nación, en otra es tabú. La moral está plagada de restricciones y privaciones, muchas veces sin fundamento. Gurdjieff dice que su enseñanza no apunta a la moral. Si no, a otro elemento más profundo.



Para descubrir el vacío de valores en un hombre, según Gurdjieff, sólo hace falta escucharlo. Aquellos que más hablan de moral, son los menos conscientes del mundo. "Un hombre con topes puede ser muy moral", dice. Un ser moral se contrapone a otro ser moral. E incluso llega a matar para imponer lo que él piensa que está bien. En cambio, sostiene Gurdjieff, una conciencia nunca puede oponerse a otra.

El respaldo del maestro

Un hombre que eliminó sus topes y se encuentra sin la guía de un maestro, es sumamente peligroso. Barrió con las mentiras y contradicciones en sí mismo, descubrió que actúa como autómata, y que su personalidad está basada en imitaciones. Se encuentra desnudo, aún sin su esencia desarrollada, en medio de un mundo competitivo. ¿Qué hace?



Gurdjieff busca ser muy claro en relación al tema de subordinación al maestro. No quiere que se confunda el término obediencia, con sometimiento, lavado de cerebro y esclavitud. Por eso, resalta que la guía del maestro es provisoria, hasta que el alumno desarrolle su propia voluntad y sea capaz, verdaderamente de Hacer. Con mayúsculas. Sin embargo, una mala guía también puede resultar catastrófica. Las enseñanzas de Gurdjieff en su presencia, es una cosa. Pero sin él, es otra muy distinta.

Educando en el desapego

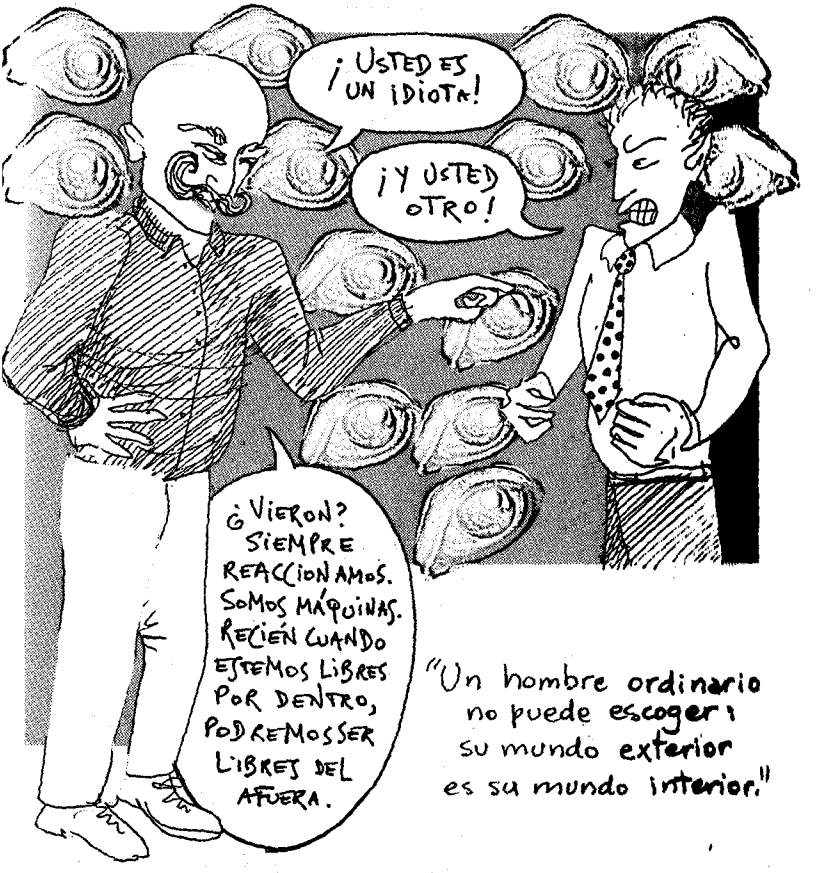
Uno de los problemas más importantes del hombre es su facilidad para identificarse con el rol que ocupa en el mundo. Y la dificultad que encuentra para tomar distancia de las cosas que le suceden. La identificación, dice Gurdjieff, es nuestro enemigo más grande. La dificultad principal para recordarnos a nostros mismos. Nos perdemos en un árbol minúsculo y no vemos el bosque.



El hombre que está sumamente identificado con todo es simplemente, según Gurdjieff, un trozo de carne sin alma. Está sometido a cada situación del exterior. La verdadera libertad, sostiene él, llega el día en que se elimina toda identifación.

Librarse del otro

El primer paso que enseña Gurdjieff para realizar el desapego, es quitarse de encima el peso de la opinión ajena. En síntesis, no prestarle atención. ¿Quién sabe por qué nos agreden o elogian? Los demás actúan como autómatas. Uno debería dar un paso al costado y observar sin apegarse. Por eso, es necesario ser libres de la mirada de terceros y tener peso propio.



Es necesario considerar las circunstancias. Gurdjieff dice que, dada la situación, uno puede simular estar enojado u ofrecer la otra mejilla, mientras mantenga siempre la serenidad interior. Es necesario, mediante el recuerdo de sí, desarmar las asociaciones que nos llevan a reaccionar sin ser concientes de lo que hacemos.

El apego al miedo

El miedo es la energía más fuerte que nos identifica al mundo exterior. Es un canal abierto 24 hs para que ingrese toda clase de apegos. La influencia del miedo, advierte Gurdjieff, es una cadena inmensa de asociaciones desagradables. Mucho más poderosas de lo que cree el hombre. Hasta puede convertirse en una obsesión.



Hay toda clase de miedos, como ya hemos hablado. Pero Gurdjieff, en relación al apego, establece dos fundamentales: el miedo a situaciones embarazosas y el famoso miedo al qué dirán. Él propone una prueba sencilla: converse con alguien y recuerde el propósito de la charla. Descubrirá que, al final de ésta, ha perdido el propósito, se ha identificado con el diálogo y ha dicho cosas que no quería decir. Es el apego en acción.

¿Amor o necesidad?

Cuando un hombre dice que ama a otra persona, en realidad, **necesita de esa** otra persona. Este es el amor esclavo. Un apego más de la **máquina humana.** Gurdjieff sólo admite como verdadero el amor cristiano. Es decir, **el que no ne**cesita del otro. El que se brinda naturalmente y luego de un trabajo **sobre sí** mismo.



El amor esclavo no tiene mérito alguno. Es la parte más **animal de las relacio**nes entre dos sexos. El amor cristiano es aquel al que **buscan alcanzar todas** las religiones. Y sólo se consigue aquel con esfuerzo.

La entrega amorosa

Para no complicar las cosas, Gurdjieff propone a sus alumnos empezar a trabajar en el verdadero amor, con consignas muy pequeñas. Seres simples y sin reveses. Empezar por amar a un hombre es muy difícil. En cambio, amar a un animal o a una planta es más fácil. Y este es el comienzo.



Es fácil: una vez que uno se desapega, toma distancia y mira objetivamente, puede empezar a escoger libremente. Sin apegos ni identificaciones arbitrarias. Si se lo mira a distancia, no hay nada bueno ni malo. Una vez aprendido esto, el hombre estará listo para amar a sus vecinos.

¿Qué sucede con las influencias?

Si tiene suerte, ya ha logrado cómo desidentificarse de su vida cotidiana. Usted, si ha comprendido, ya no es su máscara. Pero eso no significa que sea *un hombre libre de influencias*. Gurdjieff establece tres clases de influencias. Conocerlas, asegura, nos pone a un paso de dominarlas y, quién sabe, capitalizarlas en cuenta propia.



Estas emanaciones que produce cada hombre, según Gurdjieff, **son una combinación de elementos del cuerpo físico y del cuerpo astral, como la suma del** polo positivo y negativo en los cables eléctricos. Las **dos partes generan una** tercera fuerza: la atmósfera individual. El famoso **magnetismo. "El hombre"**, dice Gurdjieff, "puede controlar su atmósfera". Y añade: **las emanaciones** varían, *incluso, si uno toma café.*

Las influencias internas

Las influencias físico-químicas vienen del exterior. Las emana el otro. En cambio, existen influencias que corren por nuestra cuenta. Gurdjieff las llama asociativas. No es un proceso químico, dice, es un proceso mecánico. Uno de los tantos resortes de la máquina humana.



Gurdjieff establece cuatro clases de influencias asociativas: la del caso del tren eléctrico, que se acciona a través de un objeto cargado de emotividad. La que se relaciona con los sentimientos, y crea simpatías y antipatías. La que actúa mediante la sugestión. Es decir, cuando a través de palabras, un hombre convence a otro. Y, por último, la cuarta categoría: la superioridad. Porque sabe más, habla mejor o tiene más dinero, una persona influencia al otro por su mera presencia.

La influencia planetaria

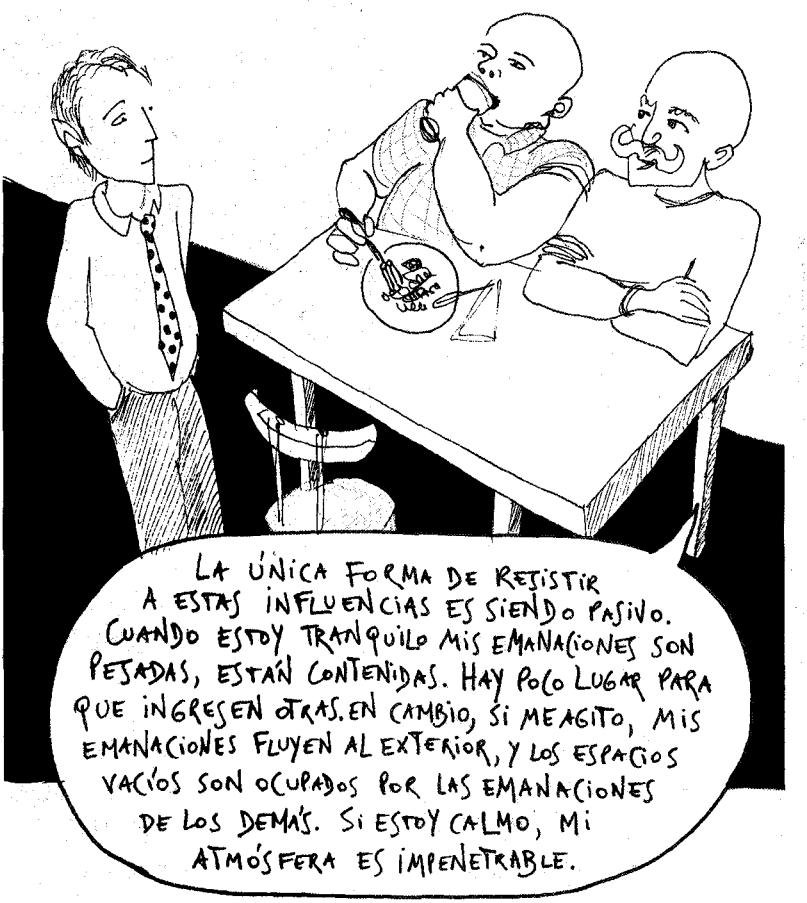
En sus disertaciones, Gurdjieff guarda para el final el plato fuerte y más complejo de todos: las influencias planetarias. Uno de los temas que más lo apasionan.



No todos reciben de igual forma las influencias del cosmos. A menudo, una influencia cercana se impone sobre una lejana. La mayoría de los hombres, sin embargo, tienen una armadura para recibir las influencias más remotas. Cuanto más desarrollo tiene el hombre, es susceptible a mayores y más lejanas influencias. En verdad, parece una contradicción. Pero es parte de los obstáculos en el camino del conocimiento. Y hay una forma eficaz de sortearlos.

¿Y cómo librarnos de ellas?

A cada tipo de influencia, una fórmula para evitarla. Por eso, para saber cuál aplicar, es necesario conocer cuando actúa cada una. De lo contrario, no sólo no las eludirá, aún más: las potenciará. En definitiva, estará perdido. Empecemos por resolver cómo vacunarnos contra las influencias físico-químicas.



Con las influencias físico químicas, señala Gurdjieff, actúa la ley de atracción. Las emanaciones ocupan los espacios vacíos. Por eso, cuando uno está sin tensiones, éstas chocan o pasan de largo.

Más trucos

Hay que ser muy cuidadosos a la hora de identificar la clase de influencia que está actuando. En las influencias asociativas, por ejemplo, rige para neutralizarlas el proceso inverso. En el primer caso, hay que ser pasivos. En el segundo, hay que estar activos. Se requiere una lucha artificial. En el primer caso, actúa la ley de atracción. En el segundo, la ley de repulsión. Gurdjieff dice que se entiende mejor en la práctica.

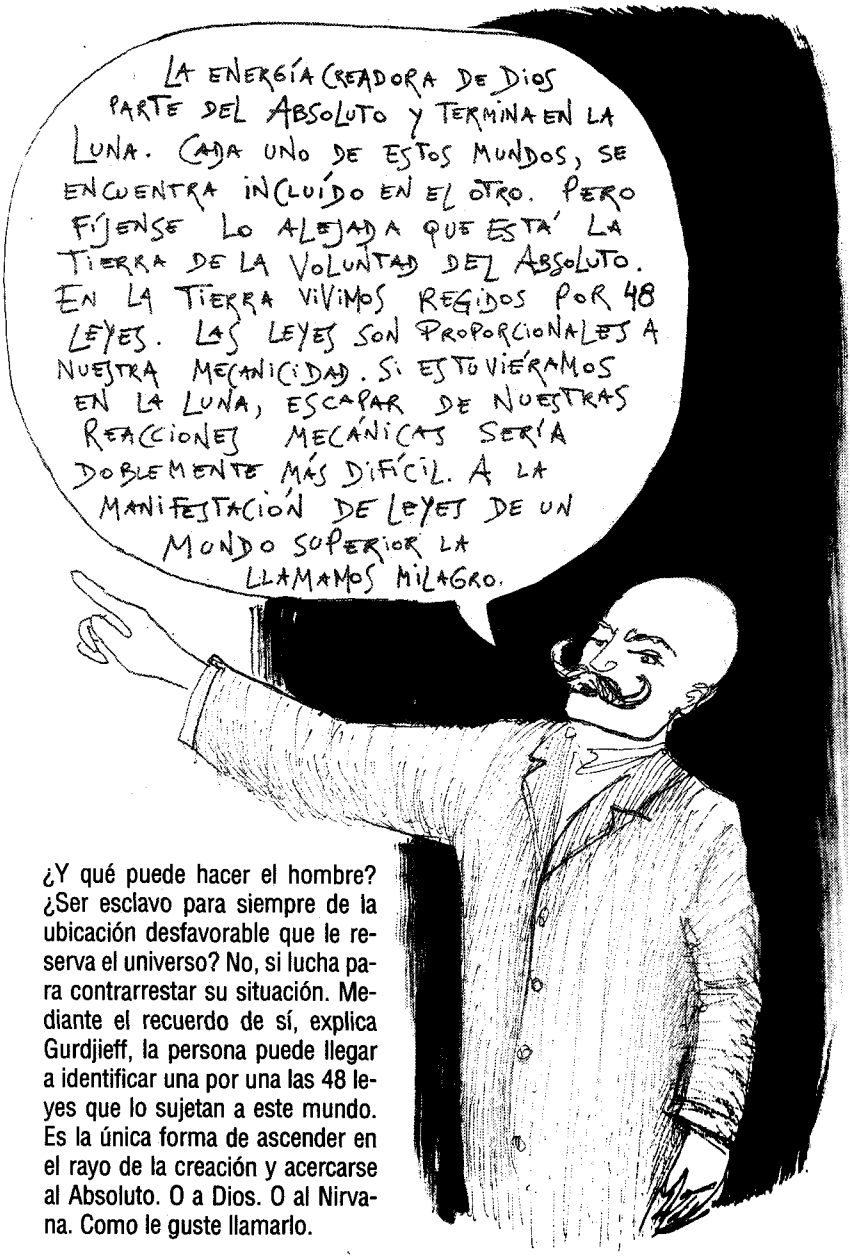


Toda emanación, dice Gurdjieff, atrae y repele. Hay que comprender cuando atraer y cuando repeler. "Si a usted le gusta una mujer", explica, "pero a ella no le gusta usted, no debería buscar agradarle como en las influencias asociativas del segundo caso. Debería permanecer pasivo. En cuanto ella piense que ha dejado de quererla, ella empezará a gustar de usted. Es parte de las influencia físico química. Debe haber un equilibrio de fuerzas".

¿Y las influencias planetarias?

Gurdjieff afirma que, en comparación con la dificultad para evitar las influencias planetarias, el resto son pan comido. Para controlar a la fuerza del cosmos, dice, hay que tener mucho conocimiento. Y este conocimiento comienza gracias a una ley que Gurdfjieff aprende en sus estadías en antiguas escuelas esotéricas: el Rayo de la Creación. El Génesis, según Gurdjieff. Su teoría más ambiciosa por explicar el orígen del universo.





¿Y qué puede hacer el hombre? ¿Ser esclavo para siempre de la ubicación desfavorable que le reserva el universo? No, si lucha para contrarrestar su situación. Mediante el recuerdo de sí, explica Gurdjieff, la persona puede llegar a identificar una por una las 48 leyes que lo sujetan a este mundo. Es la única forma de ascender en el rayo de la creación y acercarse al Absoluto. O a Dios. O al Nirvana. Como le guste llamarlo.

La luna es nuestro enemigo

Como podrá sospechar, es un trabajo colosal despojarse de las 48 leyes que gobiernan la vida en la Tierra. Pero hay una forma de concentrar el trabajo en un solo sentido: se necesita saber contra qué luchamos. Gurdjieff no tiene dudas: el hombre lucha por librarse del poder de la Luna, un electroimán que influencia la vida de todo ser viviente en la Tierra. El último eslabón en la cadena de la creación.



Desde los actos de heroísmo hasta los grandes crímenes, están gobernados por la Luna. Es la parte mecánica del hombre. Para liberarnos de las 48 leyes que nos rigen, primero hay que liberarse del influjo de la Luna. Superponer la voluntad y la conciencia a los actos mecánicos, es la clave para apartarnos de su influencia.

El universo interior

Al igual que las antiguas escuelas esotéricas, Gurdjieff sostiene que el estudio del ser humano es equivalente al estudio del cosmos. Cada mundo, como ilustra el Rayo de la Creación, integra a otros superiores. Y así, descubrimos que hay leyes que regulan tanto nuestro universo interior, como a otros planetas más próximos al Absoluto. Detrás del telescopio y el microscopio se observan las mismas leyes.



Gurdjieff, en verdad, considera que el hombre posee el universo dentro suyo, sólo cuando alcanza el último estado de conciencia. Es decir, sólo cuando es un hombre con mayúsculas, completo y en equilibrio. Con un amo, un yo, y una conciencia plena y esclarecida.

La ley de tres

Existe un código que atraviesa de punta a punta el Rayo de la Creación. Es la Ley de Tres, corazón de la enseñanza astrológica y esotérica de Gurdjieff. La ley dicta que para que se produzca todo fenómeno, desde una molécula a la creación de una estrella, se necesita de tres fuerzas.



Fuerza activa, fuerza pasiva y fuerza neutralizante. Estos tres elementos rigen cada fenómeno del universo: la psiquis del hombre, la creación artística, las revoluciones sociales, el movimiento de los astros. Gurdjieff añade que, identificar las primeras dos fuerzas es sencillo, pero cuesta trabajo descubrir la fuerza neutralizante. "Si pudiéramos ver la manifestación de tres fuerzas en cada acción", explica, "veríamos el mundo tal como es".

La ley de siete

Gurdjieff considera tanto a la música como a las matemáticas, una fuente de transmisión del conocimiento esotérico. En especial, encuentra en la escala musical de siete tonos, un manual para entender la historia de la humanidad. "La escala tal como hoy la conocemos", dice, "es una fórmula de la ley cósmica". En base a ella, Gurdjieff establece la Ley de Siete, un cánon ineludible de donde se desprende por qué el hombre rara vez alcanza sus propósitos. Antes de hablar de eso, una pequeña lección de música.



¿Y para qué sirve aprender la escala musical? Gurdjieff explica con precisión milimétrica exactamente dónde se desvía el impulso humano y por qué la historia de la humanidad no es una línea recta, tal como todos deseamos. Los culpables son los semitonos, el momento en el cual nuestros objetivos se tuercen para no volver.

Los choques

La Ley de Siete demuestra por qué al comenzar una cosa, en poco tiempo, sin darnos cuenta hacemos otra radicalmente opuesta. Por qué, tras un primer impulso, llega la fatiga y una reacción que nos aleja de la meta original. No hay que olvidar que el Rayo de la Creación lo constituyen siete mundos, la prueba de cómo se desvía la voluntad del Absoluto al llegar a la Tierra. "Esta ley explica por qué las predicaciones de amor del Evangelio, pueden transformarse en la Inquisición", expone Gurdjieff.



¿Pero qué son los choques para Gurdjieff? Son un refuerzo consciente de la meta. Energía destinada a redoblar la apuesta del objetivo inicial. Si la meta es superarse en el trabajo, el choque equivaldría a inscribirse en un posgrado o estudiar idiomas para enriquecer su carrera.

Danzas sagradas

Gurdjieff no sólo se basa en la escala musical para comunicar sus enseñanzas. Además, instruye muchos ejercicios cifrados en las llamadas danzas sagradas. Coreografías que integran el conocimiento que Gurdjieff recibió en sus viajes por el mundo.



Cuerpo, mente y sentimiento. Los tres elementos que aseguran el desarrollo interior del hombre, están contenidos en sus danzas sagradas. Incluso, sostiene Gurdjieff, en ciertos movimientos hay ideas filosóficas y religiosas escondidas que el bailarín debe estudiar.

El Stop

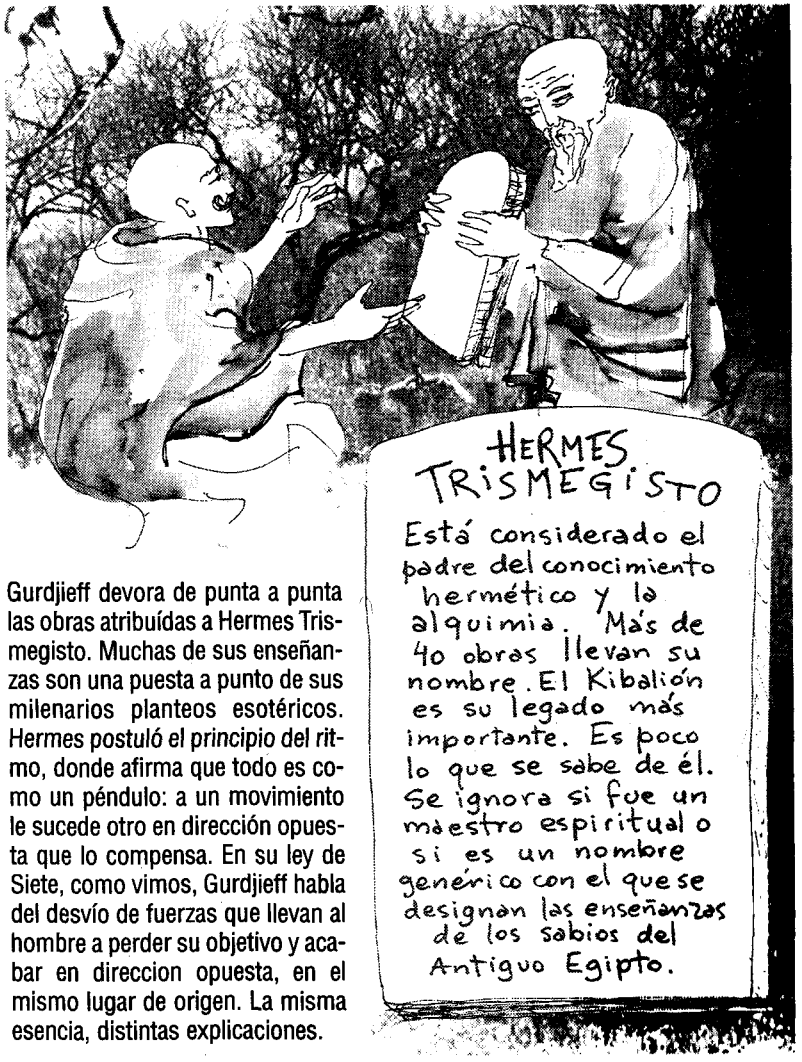
Dentro de sus coreografías, Gurdjieff suele sorprender a sus alumnos con uno de sus ejercicios más célebres: el Stop. Ante una orden del maestro, los bailarines deben detenerse completamente y observarse. La detención absoluta es ideal para practicar el recuerdo de sí.



El hombre, según la época, su cultura y su nación, tiene una serie limitada de posturas y gestos que le son propios. ¿Recuerda la parábola del cochero? Bien, aquí la postura de los bailarines es el caballo. Gurdjieff afirma que un hombre no puede cambiar su forma de pensar, si no modifica sus posturas. Es decir, no puede reformar su mente y sus sentimientos, si primero no se hace cargo de revolucionar su centro motor. A cada sentimiento o reflexión, añade él, le corresponde una postura. "Es una ilusión creer que nuestros movimientos son voluntarios. Son tan automáticos como todo lo que hacemos".

El valor de los mitos

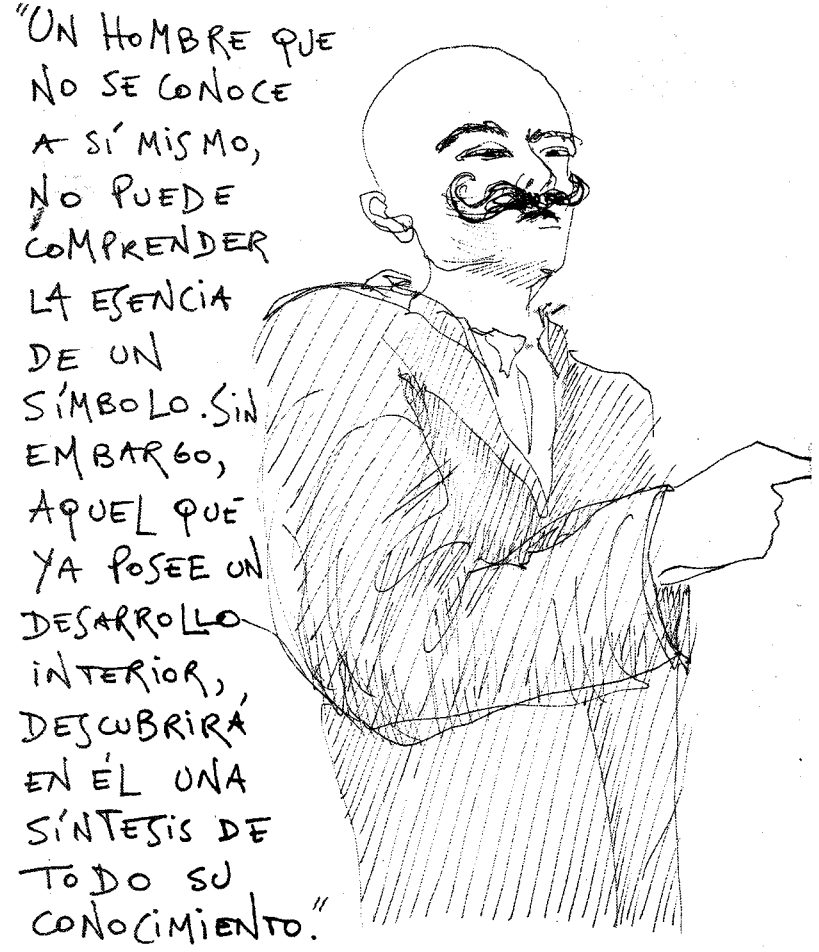
Además del arte y las matemáticas, los antiguos transmitían sus conocimientos a través de mitos y aforismos. El propósito de ellos, es comunicar ideas inaccesibles a la razón humana. Todo intento por explicarlos lógicamente, advierte Gurdjieff, es en vano. Para comprenderlos, se necesita mucho más que el intelecto.

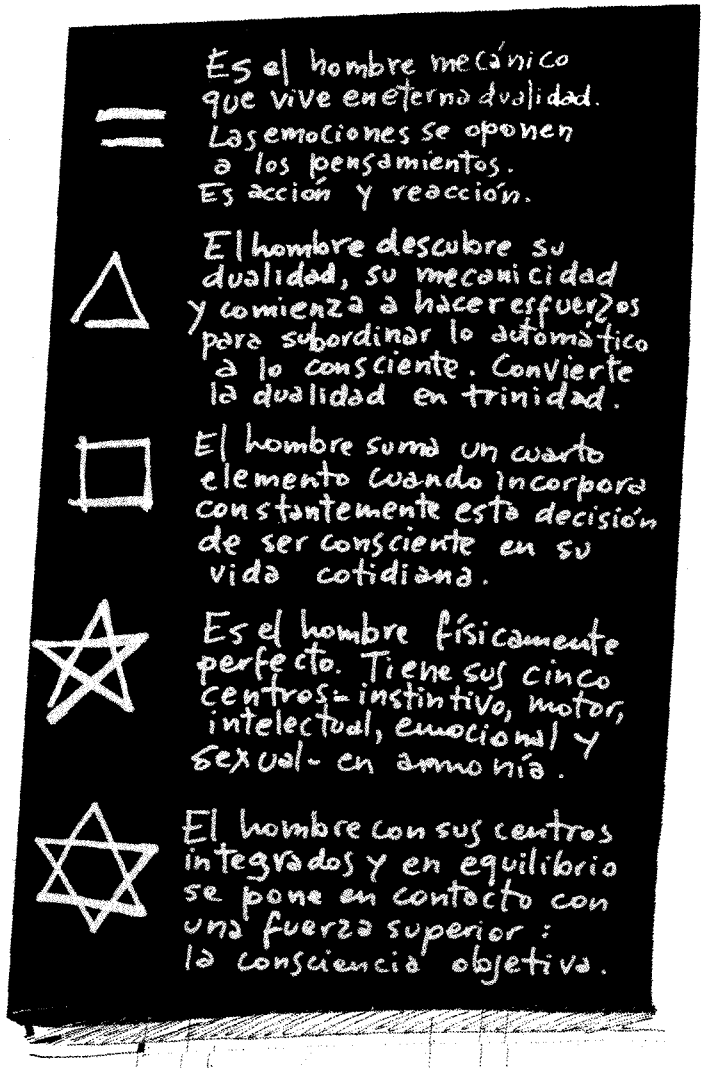


Gurdjieff devora de punta a punta las obras atribuídas a Hermes Trismegisto. Muchas de sus enseñanzas son una puesta a punto de sus milenarios planteos esotéricos. Hermes postuló el principio del ritmo, donde afirma que todo es como un péndulo: a un movimiento le sucede otro en dirección opuesta que lo compensa. En su ley de Siete, como vimos, Gurdjieff habla del desvío de fuerzas que llevan al hombre a perder su objetivo y acabar en direccion opuesta, en el mismo lugar de origen. La misma esencia, distintas explicaciones.

El secreto del símbolo

Los símbolos antiguos son un precioso material de estudio. Al igual que los mitos y los aforismos, son imposibles de comprender para aquel que no se encuentra en el camino del conocimiento. A cada símbolo, dice Gurdjieff, le corresponde un grado de evolución del hombre.

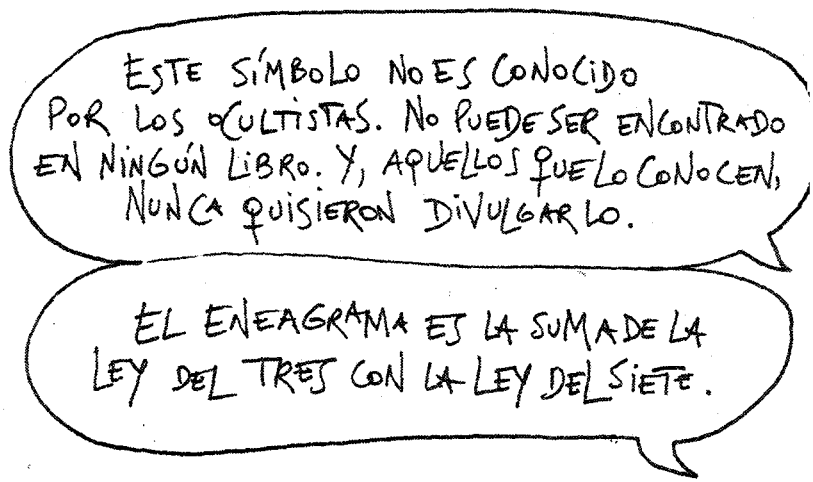


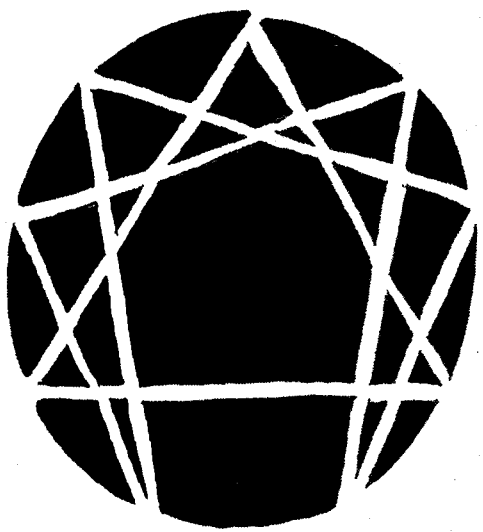


La Cábala, la magia, la alquimia, las matemáticas, todos emplean símbolos como fórmulas de transmisión. Sin embargo, como dijimos, un símbolo no puede ser comprendido. Gurdjieff insiste en que un símbolo, antes que nada, debe ser vivido.

El Eneagrama

El símbolo que hizo mundialmente famoso a Gurdjieff es el Eneagrama, la estrella de nueve puntas. Una imagen que, para él, resume un conocimiento que, hasta entonces, ninguna escuela esotérica ha logrado plasmar.



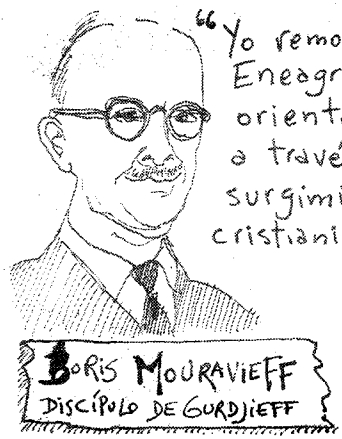


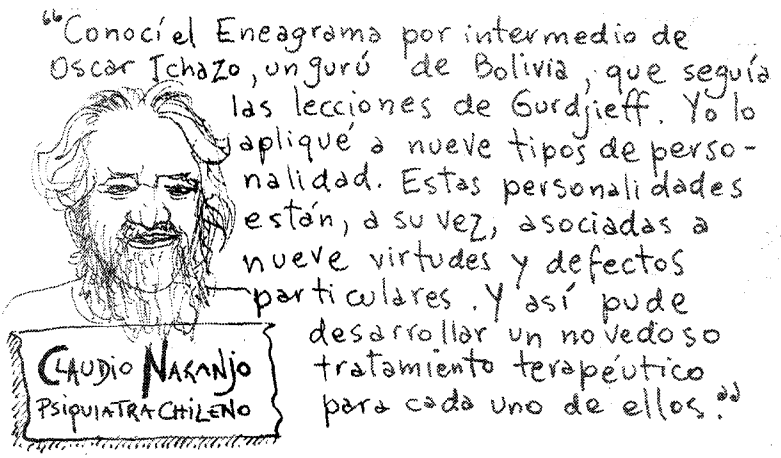


Todos los organismos, incluso las plantas, contienen al **Eneagrama. Sin embargo, sólo aquellos en los cuales existe un elemento superior, poseen el** triángulo en su interior. Gurdjieff afirma que el tabaco, **el lúpulo, el té y el** café poseen en su composición el Eneagrama completo.

El impacto del símbolo

Gurdjieff advierte que el estudio del Eneagrama es inabarcable. No ahorra elogios para su descubrimiento. Es un jeroglífico fundamental, dice. Y también un símbolo universal. La fórmula que representa el movimiento perpetuo de la humanidad. Si dos hombres sabios se encuentran frente a esta figura, explica él, pueden reconocer quién sabe más de los dos con sólo interpretarlo. El legado del Eneagrama de Gurdjieff es profundo y múltiple.





"El Eneagrama no debe entenderse como un manual de personalidades, sino como un flujo. Sirve para entender qué está pasando con cada uno. Para lidiar con nuestras contradicciones. Incluído en el mundo de las empresas."



MICHAEL GOLDBERG
ASESOR DE EMPRESAS

"Durante 20 años apliqué el Eneagrama de la personalidad a mis pacientes. En 1988 escribí un libro con los resultados. Mi meta: cómo convertir los defectos propios de una personalidad en virtud."



HELEN PALMER
PSIQUIATRA

"Hoy en día, el Eneagrama es aplicado por especialistas en trastornos de la alimentación, estrés, fobias y distintos tipos de adicciones. Gurdjieff tiene razón. Es un símbolo inabarcable."

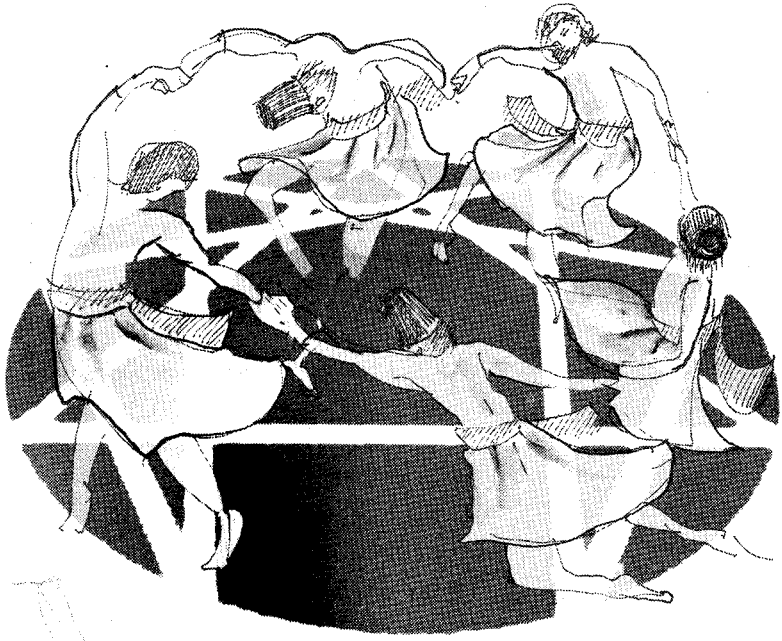


DAVID DANIELS
PROF. DE CIENCIAS DEL COMPORTAMIENTO

Danza de nueve puntas

Como parte de sus coreografías y sus lecciones sobre danzas sagradas, Gurdjieff insiste en que sus alumnos aprendan a bailar sobre el Eneagrama. Dice que la mejor manera de comprenderlo es a través del ritmo y el cuerpo en movimiento. Para eso, lo dibuja en el suelo y numera del 1 al 9 cada una de sus puntas.

ES NECESARIO SENTIR EL ENEGRAMA A TRAVÉS DE LA DANZA. EL ENEGRAMA PUEDE SER VIVIDO GRACIAS AL MOVIMIENTO, Y ÉL MISMO SUGERIRÁ A LOS BAILARINES LAS IDEAS PARA CONOCER SU ESENCIA.



Gurdjieff le adjudica un rol protagónico al movimiento sobre el Eneagrama en su ballet "La lucha de los magos". Si no se participa en los bailes, explica, sólo se conocerá intelectualmente el valor del Eneagrama. Y esto no sirve para nada.

El alimento espiritual

Así como habla de las personas como un cochero, y como un auto que necesita ser reparado, Gurdjieff también ilustra al ser humano como una fábrica, que recibe sustancias y las convierte en alimento. La fábrica recibe tres clases de alimentos o combustible. Aquel que comemos. El aire que respiramos. Y las impresiones que recibimos. Si falta uno solo de ellos, la fábrica se funde. Sin embargo, Gurdjieff reconoce diferencias vitales entre una y otra impresión.



Gracias a estos tres alimentos, la máquina humana produce las sustancias necesarias para vivir. Y, lo que interesaba especialmente a Gurdjieff, también los elementos para la creación de cuerpos superiores. El momento en que la fábrica del hombre crea su propia alma.

La fábrica del alma

Gurdjieff señala que la alquimia, el arte antiguo y esotérico de convertir metales en oro, es la parábola perfecta de la fábrica humana. Es necesario convertir el alimento grosero que recibimos, en materia sutil. Oro para el espíritu. Según la química moderna, en hidrógeno.



Junto con el Eneagrama, la fábrica química humana es una de sus teorías más complejas. A través de ella, Gurdjieff busca demostrar cómo el hombre puede edificar químicamente su espíritu y contactarse con sus fuerzas superiores latentes. Estas fuerzas, dice él, ya están desarrolladas, aunque dormidas. Sólo necesitan una simple conexión al resto de la fábrica, para funcionar adecuadamente.

Acumuladores de energía

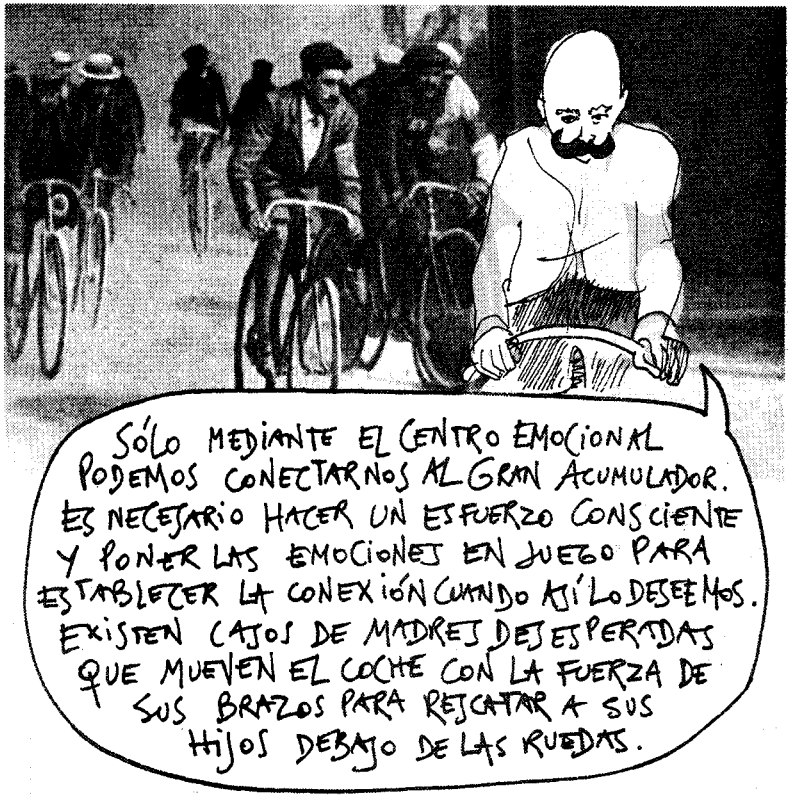
Dentro de la fábrica humana, a la par de cada centro de energía –el intelectual, el motor y el emocional-, trabajan dos pequeños acumuladores. Los tanques de nafta de donde toman los centros su alimento para trabajar. Gurdjieff lo ilustra como una serie de circuitos interconectados.



Si el hombre sigue pedaleando, lo más probable es que agote el segundo acumulador, antes incluso de llenar el primero. Llegado a este punto, se conectará nuevamente al primero pero lo agotará en poco tiempo. Y pronto quedarán sus acumuladores vacíos. Pero, ¿qué pasa cuando el hombre se toma un descanso y se siente nuevamente desbordado de energías? Gurdjieff no tiene dudas: es la señal de que su centro se ha conectado directamente al gran acumulador, sin pasar por los pequeños.

Combustible limitado

"Si conecta su centro al gran acumulador", señala Gurdjieff, "el hombre es capaz de realizar milagros". Para lograr esto, alienta a sus alumnos a hacer esfuerzos más allá de sus energías ordinarias. En general, dice, el hombre muere de inacción o de pereza. Nunca de exceso de ejercicio. Antes de que eso suceda, la fábrica detiene su funcionamiento. Y el hombre se duerme o desmaya. El peligro de morir por un sobreesfuezo, asegura, prácticamente no existe. Pero, ¿y cómo conectarse al gran acumulador?



Ni el centro intelectual ni el centro motor pueden asegurarnos la conexión directa al gran acumulador. La llave, dice Gurdjieff, está en las emociones. El centro de las emociones contiene las energías más sutiles de la fábrica humana.

El bostezo y la risa

A pesar de que, en nuestra vida cotidiana, le damos muy poca importancia al bostezo y a la risa, Gurdjieff reconoce que ambos son engranajes claves en el trabajo de la fábrica. Uno y otro, tienen funciones opuestas. Y, conociendo bien sus capacidades, es posible administrarlos de acuerdo a nuestros deseos y necesidades.



En verdad, la risa funciona como antídoto sólo cuando no sabemos reciclar esa energía en material sutil para nuestro desarrollo interior. Es por eso, dice Gurdjieff, que Jesús nunca rió. No lo necesitaba.

El abuso del sexo

Para Gurdjieff, el sexo cuenta también con un centro propio. Él no defiende la abstinencia sexual. Ni tampoco el sexo libre. Más bien, en relación al sexo, Gurdjieff se sitúa en un punto medio. El sexo es placentero, dice, pero puede ser energéticamente peligroso.



El sexo bombeando combustible en el centro motor, se traduce en una excesiva competitividad. Su efecto en el centro intelectual, en cambio, en la excesiva voluntad de crear conflictos. "Los centros", dice Gurdjieff, "jamás pueden crear algo útil tomando su energía del sexo". Por otra parte, es categórico: el sexo gobierna al resto de los centros. Es el más poderoso de la fábrica.

Ahorrar energía

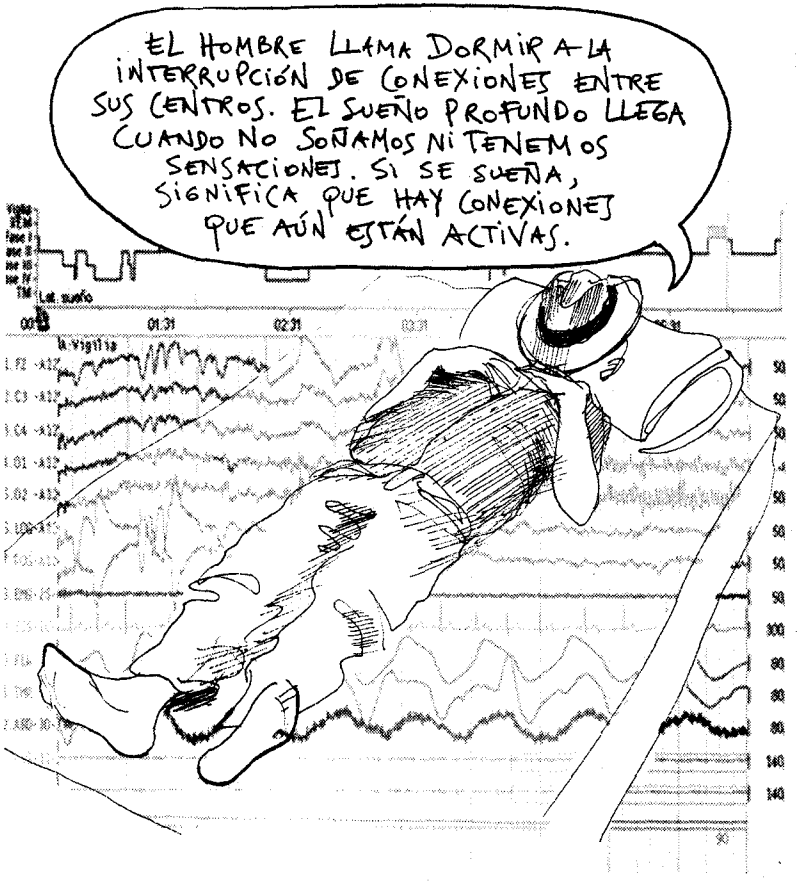
Mediante una serie de pequeños cambios en nuestra rutina, se puede economizar la energía. Esto no significa que el hombre deba permanecer 24 horas en cama. Todo lo contrario. Según Gurdjieff, un hombre que realiza un trabajo físico, quizás invierta menos energías que otro que está sentado leyendo un libro.



¿Y qué es el momentum del que habla Gurdjieff? Es aprovechar el ritmo, capitalizar la energía dada con el primer paso. Estar sentados no significa que uno no malgaste energías. Los músculos pequeños, dice Gurdjieff, consumen más energías que los grandes. Pues estos últimos están adaptados al movimiento, al ritmo, y al momentum. En cambio, los pequeños sólo se activan por medio de la fuerza.

¿Sirve de algo dormir?

Como medio para reponer energías, dormir sirve siempre y cuando se haga adecuadamente. Gurdjieff entiende que el sueño no siempre es reparador. Los centros no cesan de funcionar estando dormidos. En otras palabras, los centros nunca duermen.



Cuando el hombre está despierto, funcionan su memoria, su atención y su observación, palabras que designan a un centro que observa y supervisa a otro. Es por eso que, si uno recuerda un sueño, significa que la conexón de la memoria estuvo en funcionamiento. Es decir, su descanso no fue profundo. Usted no ha dormido como corresponde.

Economizar el descanso

Un hombre pasa una tercera parte de su vida en estado de sueño. Sin embargo, lo que se denomina descanso transcurre en estados de transición entre de la vigilia a la inconsciencia. Según Gurdjieff, todo ese tiempo valioso está irremediablemente malgastado. Y es también un motivo por el cual, la fábrica no alcanza a producir el material necesario para crear su propia alma.



Gurdjieff afirma que la clave para pasar de un estado a otro, está en la ausencia de tensión. El hombre debe identificar y desatar las tensiones cotidianas a cada momento que se le presentan. Él propone dos ejercicios: en posición sentada, sin hacer nada, dejar descansar el cuerpo durante diez minutos. No tensionar ni un solo músculo. Y, cuando uno se va a dormir, buscar relajarse desde los pies a la cabeza. "La totalidad de ustedes debe dormir", advierte.

¿Es usted religioso?

Gurdjieff no acostumbra hablar sobre religión. Para él, antes de resolver el dilema teológico, hay que resolver el dilema humano. ¿Puede un hombre, fragmentado, que funciona como máquina, sostener que es religioso? Para Gurdjieff, un hombre así es tan religioso como un mono. En otras palabras, su religión es otro tope para no despertar y recordarse a sí mismo.



La religión en el hombre es como cualquier otro compromiso que, en su infinidad de yoes, le resulta imposible de asumir. No es suficiente con desear ser cristiano. Hay que ser capaz de serlo. Más allá del credo, la religión corresponde siempre al nivel de desarrollo del ser.

El buen cristiano

A lo largo de su vida, Gurdjieff estuvo formado y marcado a fuego por el cristianismo. Estudió con seminaristas y arcipestres. Transitó por conventos y monasterios. Él reconoce su deuda profunda con las enseñanzas de Cristo. El gran objetivo de su trabajo, dice, es enseñar el cristianismo esotérico. En otras palabras, cómo ser bueno ante Dios y ayudar a los demás. Para ser cristiano, advierte Gurdjieff, se debe antes que nada pensar en uno mismo. Parece una contradicción. Pero es así.



Buena parte de los fieles cristianos, en verdad, no lo quieren ser. Son cristianos en teoría, pero en la práctica, actúan como ateos. ¿Cómo un hombre puede amar a sus enemigos, tal como afirma Jesús, cuando siquiera puede amarse a sí mismo? Un automóvil no puede ser cristiano. Entonces, un hombre autómata, explica Gurdjieff, tampoco.

La última cena

Sólo cuando un hombre es amo de sí mismo y tiene el conocimiento armónico y unificado en su interior, puede leer la Biblia en su sentido más profundo. Los evangelios, cuenta Gurdjieff, están escritos para los que saben. Si alguien no sabe, éstos pueden prestarse a errores tremendos. Gurdjieff suele dar a sus alumnos su interpretación esotérica y desconocida de la última cena. Dice que Jesús da de beber su sangre a los discípulos como un modo de comunicación astral.



Para Gurdjieff la última cena es lo más parecido a un rito mágico. La celebración de una hermandad de sangre. Con el tiempo, sin embargo, la iglesia reemplaza la sangre por el vino y pierde así su significado esotérico.

Todo viene de Egipto

Gurdjieff sabe a ciencia cierta de qué habla al afirmar que todos conocemos mal el cristianismo. Como restultado de sus viajes y exploraciones por Oriente, observa que los ritos, templos y las bases del cristianismo están tomadas de escuelas esotéricas del antiguo Egipto. Los egipcios eran cristianos, dice, antes del nacimiento del mismo Jesús.



En sus clases, Gurdjieff reproduce plegarias cristianas como "Señor, ten piedad de mí", para analizarlas en el estudio del recuerdo de sí. "¿Por qué Dios habría de tener piedad de mí?", se pregunta. "¿Hay algo en mí para que Dios considere que vale la pena dedicarle su tiempo?" Si no se repiten las oraciones como autómatas, dice él, éstas encierran pautas importantísimas para el conocimiento de uno mismo.

El ser inmortal

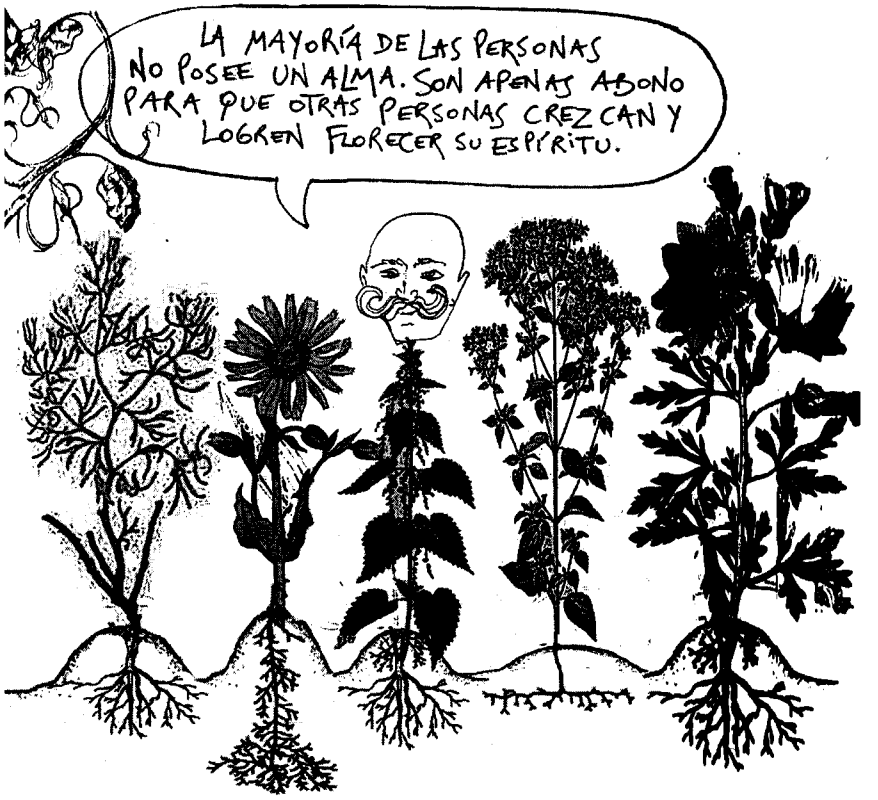
¿Se puede sobrevivir a la muerte? ¿Hay algo eterno en el hombre capaz de subsistir al cuerpo físico? Los discípulos suelen bombardear a su maestro con esta clase de preguntas. Y Gurdjieff les responde a todos: sí y no. Si el hombre cambia todo el tiempo, es permanentemente influenciado por las circunstancias y si no trabaja por recordarse a sí mismo, morirá junto con su cuerpo. En cambio, si logra ser independiente de las influencias exteriores y si unifica todos sus yoes, esa persona permanecerá aún después de su muerte.



Gurdjieff lo plantea así: si trabajas para la vida, estás trabajando para tu propia inmortalidad. Si eres amo de tu vida, eres amo de tu muerte. Por otra parte, él asegura que las reglas que rigen el mundo de los vivos son las mismas para el mundo de los que ya no están.

El lujo espiritual

El alma es un lujo, dice Gurdjieff. Es la última meta del hombre. Las personas nacen sin un alma, pero, con esfuerzo, pueden construir una. Es el último objetivo de todas las religiones. Aún cuando toman caminos diversos, las religiones se unen en un punto del camino: cuando el discípulo ya está preparado, unificado y armónico, y lo asisten en la creación de su propia alma.



Para la vida cotidiana, para el trabajo y para las relaciones humanas, tener un alma es innecesario. Es decir, en la vida exterior de las personas, el alma no hace la diferencia. Es por eso, dice Gurdjieff, que el mundo moderno no alienta a que las personas construyan la suya. Prefiere que actúen como máquinas funcionales al sistema. Un hombre sin amo y sin alma, es más fácil de someter. Y seguramente, gana un mejor sueldo.

La actitud con el dinero

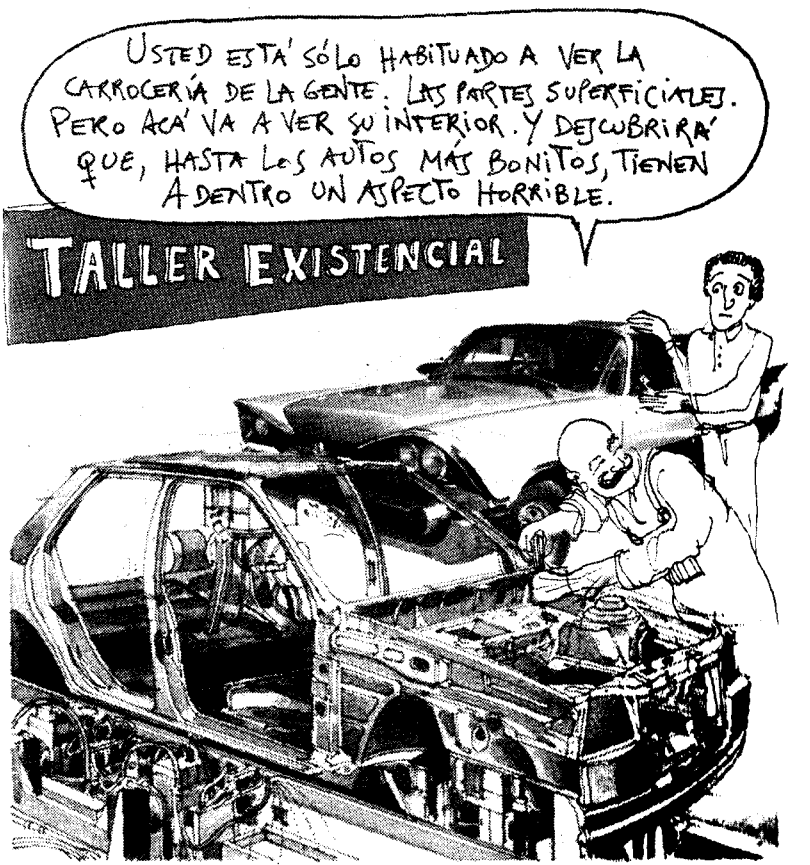
Nada delata mejor la naturaleza del hombre, dice Gurdjieff, que su relación con el dinero. A veces, pide a sus discípulos, cuando lo cree necesario, sumas exageradas o sacrificios materiales para ponerlos a prueba. Sin embargo, no rechaza a un alumno porque no tenga capital para afrontar los gastos.



En verdad, Gurdjieff les hace pagar a los más acaudalados varias veces la tarifa promedio. De ese modo, costea los gastos de aquellos que no pueden afrontar los gastos. Pero esto es conocido sólo por el círculo más íntimo de sus discípulos.

El taller espiritual

Gurdjieff compara su instituto con un taller de reparación de autos. No es menor la comparación. No sólo apunta a ilustrar la necesidad de que cada uno descubra las fallas en su motor. También es una forma de exponer que, al convertirse en su alumno, cada uno debe mostrar su interior. Dejar al desnudo su alma, si es que tiene alguna.



En el instituto, Gurdjieff saca a flote las miserias e imperfecciones de cada uno. Además, alienta a sus discípulos a no fijarse ni criticar las fallas del otro. "Todos sabemos qué clase de persona es cada uno aquí", afirma. No hay nadie mejor que otro, dice. Pues no existe el otro. El foco es uno mismo. Su propio auto dañado.

Para el que no entendió

Por último, lector, si lo cree complicado, si piensa que su mensaje desborda de conceptos etéreos e inalcanzables, Gurdjieff se la hace fácil. En el toldo de su instituto, ordena copiar en prolija caligrafía sus máximas, sus eslóganes en el camino del conocimiento. Más claro, imposible.



Respete todas las religiones.

Yo amo a quien ama trabajar.

Recuérdese a sí mismo
siempre y en todas partes.

Sólo quien puede cuidar lo
ajeno puede poseer lo propio.

Es mejor ser temporalmente
un egoísta que nunca ser justo.

Juzgue a los otros como a sí
mismo y nunca se equivocará.

El más alto logro para el hombre
es el ser capaz de hacer.

Peores las condiciones de vida,
mejores los frutos del trabajo.

Tome la comprensión de Oriente y el
conocimiento de Occidente. Luego busque.

III La Conquista de Occidente

Maestro sin patria

En el primer capítulo dejamos a Gurdjieff y a su grupo instalados en Tbilisi, la capital de Georgia, en 1919, en donde tuvieron un breve período de gloria. Gurdjieff incorpora como discípulos al artista Alexandre Salzmann y a su esposa Jeanne, quienes no se separarían más de su lado. En la ópera de la ciudad, Gurdjieff hace una demostración abierta al público de sus danzas sagradas. Y funda en septiembre su Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre.



Georgia es una nación con los días contados. Amparada por un pequeño destacamento del ejército británico, cuando éstos se marchan, la ciudad es arrasada por los bolcheviques. A mediados de 1920, Gurdjieff se embarca con 30 alumnos rumbo a Constantinopla, en Estambul. El peligro le pisa los talones. Como siempre.

El tour europeo

En Constantinopla, Gurdjieff da conferencias, ensaya sus danzas, recibe la noticia de que su hermana y sus sobrinos fueron víctimas de los turcos, y conoce a John Bennett, jefe de inteligencia militar inglesa en la ciudad. Bennet conoce a fondo el trabajo de Ouspensky pero queda impactado con el carisma de Gurdjieff.



Gracias a contactos de sus discípulos más acomodados y el aliento de Bennet, Gurdjieff y su grupo inician a fines de 1920 la tramitación de visas para viajar a Europa. Las recibe en agosto del año siguiente. Como en Constantinopla el instituto está empantanado, de inmediato se ponen en camino rumbo a Alemania. En nueve días llegan a Berlín.

Un largo viaje

Dura poco menos de un año la estadía de Gurdjieff en Alemania. Tiene problemas legales con la donación de un inmueble para fijar su instituto. Se traslada a Londres, donde vive y enseña Ouspensky las mismas lecciones que recibió de Gurdjieff. Cuando sus alumnos se enteran de la visita, lo aguardan como a un mesías. Con la visita de su viejo maestro, Ouspensky ve amenazada su reputación.



En una charla en público, Gurdjieff critica duramente a Ouspensky y cautiva a sus alumnos, entre ellos a Alfred Richard Orage, director del semanario inglés New Age, un hombre con contactos con las altas esferas culturales y políticas británicas. "Al verlo supe que Gurdjieff era el verdadero maestro", comenta Orage. Ouspensky se siente perdido. Sin embargo, para su alivio, el gobierno le niega a Gurdjieff la visa a Inglaterra y debe abandonar la isla.

Un palacio a medida

Sin rumbo y exiliado, Gurdjieff se muda a Francia y, gracias a los aportes de sus seguidores ingleses, adquiere un palacio de tres pisos, el Prieuré, en Fontainebleu, a 60 kilómetros de París, donde funda su instituto. Por primera vez en su vida, se afirma en un sitio y puede trabajar sin sobresaltos. Lo inaugura el 1 de octubre de 1922 junto a 50 alumnos.



El Prieuré está conformado por dieciocho hectáreas de bosques de pino. Paredes de robie, invernadero de árboles frutales y dos fuentes en funcionamiento. "Desde el día que entré al Prieuré", anuncia Gurdjieff, quien ocupa una habitación en el primer piso, "empieza uno de los períodos más extraños de mi vida".

Uno para todos

En el Preiuré, Gurdjieff no puede contenerse. Es un niño. Es un maestro. Es un huracán. Hace prácticamente todo: corrige las coreografías de sus danzas sagradas, da conferencias, apaga incendios, compone impulsivamente exquisitas piezas musicales junto a Thomas de Hartmann, celebra banquetes, levanta una casa de estudios y un baño turco y, por si fuera poco, hace periódicos viajes a París para obtener los 65 mil francos necesarios para pagar el alquiler. Todo esto, sin saber una palabra de inglés ni francés.



Como parte de su trabajo del cuarto camino, Gurdjieff insiste en renovar las metas todo el tiempo, a fin de que sus discípulos nunca se sientan cómodos. Aún en un lugar retirado, y en las afueras de una gran urbe, Gurdjieff se las ingenia para reproducir el bamboleante mundo puertas afuera.

Curandero a su pesar

Gurdjieff aplica un principio al que denomina "pisarles a todos los que encuentre el callo más sensible". Es decir, encontrar la debilidad principal en cada alumno y hundirle el puñal. Más allá de que una y otra vez afirma que no es un brujo, muchos visitantes acaudalados se le acercan a pedirle soluciones a sus miserias cotidianas. Una millonaria norteamericana paga una fortuna por dormir una semana en el Preiuré buscando auxilio a sus conflictos con el marido y el tabaco. Tras exigirle otra asombrosa suma por el extra de la consulta, Gurdjieff accede a escucharla. Y le pisa el callo más sensible.



La mayoría de la gente pide ayuda, pero no desea cambiar. No están abiertos a escuchar un consejo. Sólo quieren reafirmar sus deseos. La mujer de los cigarrillos, regresa a Norteamérica con infinidad de cajas de atados Gauloises Bleues. Dice que Gurdjieff es milagroso.

Una célebre residente

A dos semanas de ocupar el Preiuré, Orage le ruega a Gurdjieff para que reciba a una escritora amiga, la célebre Katherine Mansfield, quien padece de un estado terminal de tuberculosis pulmonar. Mansfield tiene 33 años y ya es una autora consagrada. Comparan sus relatos con el del ruso Antón Chejov. Katherine prueba de todo para curarse y nada da resultado. Su matrimoinio y sus energías están en crisis. Sólo le queda una salida: la espiritual. Gurdjieff la aloja el 17 de octubre de 1922.



En su estadía en el Preiuré, Mansfield no recupera su salud ni puede volver a escribir. Sin embargo, la presencia de Gurdjieff, aún cuando intercambian escasas conversaciones a través de un intérprete, le brinda una atmósfera de paz y contención emocional. El maestro es duro con sus discípulos. Pero con la escritora, tal vez por la cercanía de su fin, es bondadoso e indulgente. Mansfield muere un año más tarde. A los 34 años. Sus cartas transmiten la paz de sus últimos días.

La mala prensa

El fin de Mansfield y la imposibilidad de devolverle la salud, atrae decenas de periodistas al Preiuré, ávidos de contar la historia del fracaso del mago que llegó de Oriente. Hasta el viudo de Mansfield, John Middleton Murry, habla de lo mal que le hizo "la curandería de Gurdjieff" a su esposa. El maestro debe sacarle el pecho a la situación.



Gurdjieff habla pestes del periodismo. Algunos cronistas huyen despavoridos. Otros, quedan cautivados por el magnetismo del mago y se convierten. Para algunos, es un estafador. Para otros, un iluminado. Gurdjieff es duro con todos por igual. A algunos, incluso, les cierra las puertas en las narices.

A la conquista de París

Para revertir la mala prensa, Gurdjieff presenta sus danzas sagradas en el Teatro de los Campos Elíseos en diciembre de 1923. La puesta a punto de la obra es una verdadera demostración del superesfuerzo. Hartmman compone la música mientras trajaba en la cocina del Preiuré. Los alumnos están exhaustos: acaban de terminar el Centro de Estudios y un baño turco monumental. Lejos de darles un descanso, Gurdjieff exprime la máquina a fondo.



A pesar del esfuerzo y de que el ballet sale tal cual lo planeado, el público no entiende nada. Por una parte, les llama la atención el exotismo de las danzas. Y por otro, critican la rigurosa disciplina coreográfica a la que están sometidos los bailarines. Gurdjieff sale en primera plana de los medios franceses. Pero la exposición mediática no le suma un solo discípulo. La prensa amarilla lo acusa hasta de abusar de una alumna, a quien finalmente se le diagnostica trastornos mentales severos y acaba internada en una clínica psiquiátrica.

New York, New York

Mientras dispone el ballet en el teatro de París, Gurdjieff encomienda a Orage y a Stjoernval a viajar a los Estados Unidos. Quiere preparar el terreno para presentar allí su trabajo. En el país del norte, la visita de Gurdjieff es aguardada con ansiedad. A inicios de 1924, Gurdjieff arriba a Nueva York junto a 35 discípulos. Cuenta la leyenda que arroja el pasaporte por la borda y, tras pasar por el sector vip del puerto, es alojado en una suite del hotel Ansonia. Al día siguiente, recibe en su habitación a reconocidas bailarinas, escritores y periodistas culturales, en cenas que se extienden hasta altas horas de la noche.



Los intelectuales y artistas neoyorquinos caen rendidos ante Gurdjieff. Y, semana a semana, se multiplica la noticia de que, un verdadero mago oriental, pasa sus días en la ciudad, en una oficina alquilada en la Quinta Avenida. Gurdjieff practica el desapego y se divierte a expensas de ellos.

Conejillos de Indias

Gurdjieff dicta dieciséis conferencias en su paso por los Estados Unidos. Inaugura una sucursal de su instituto en Nueva York. Y expone sus danzas sagradas en Chicago, Boston y Filadelfia. El 3 de marzo da una función de gala en el prestigioso Carnegie Hall, de Nueva York. A lo largo de diez años, viajará periódicamente a los Estados Unidos. En sus estadías en el país, celebra fastuosas cenas donde experimenta con los norteamericanos como un titiritero. Esta velada en su casa con invitados, en su mayoría, de prestigiosos medios locales, lo dice todo.




Después de dos horas de conversación sexual de Gurdjieff, y algunos chistes verdes y media docena de botellas de coñac...
ESTA NOCHE, GRACIAS A USTEDES, HE CONFIRMADO MIS OBSERVACIONES DE LA DECADENCIA AMERICANA. SI AHORA MISMO TOMAN CONCIENCIA DE SU VERDADERA NATURALEZA SEXUAL, SERÁ UNA GRAN LECCIÓN PARA USTEDES. ESTOY DISPUESTO A RECIBIR CHEQUES Y DINERO POR ESTE APRENDIZAJE.
¡ESTE HOMBRE SABE MÁS SOBRE SEXO QUE EL KAMA SUTRA!

El pequeño Fritz

Fritz Peters tiene once años cuando ingresa como pupilo junto a su hermano al Preiuré. Su familia le anuncia que el director es una suerte de profeta moderno. El primer día, Gurdjieff le anuncia que aprenderá cosas que no encontrará en otras escuelas. Durante sus cinco años en el instituto, Peters puede observar a Gurdjieff en la intimidad con la mente desprejuiciada de un niño. Empieza trabajando como jardinero, luego es celador, cocinero y concerje del instituto, y termina prácticamente siendo su secretario. Fritz se divierte acompañándolo al baño turco del instituto.



En sus dos libros de memorias, Peters recuerda al Gurdjieff hombre detrás del mito. Conoce sus travesuras y sus actos de bondad. Lo ve pasar de la furia a la calma en cuestión de segundos. Y un día en que Fritz está agotado, recibe en carne propia una provisión de energía irradiada mágicamente por el maestro.

Un accidente casi fatal

El 8 de julio de 1924, mientras conduce su Citroën a 90 km de velocidad, Gurdjieff se estrella contra un árbol, camino al Preiuré. Sale eyectado y queda tendido en la ruta. Dicen que conduce como un poseído. Tras cinco días al borde de la muerte, se salva de milagro. Tiene 58 años. Se traslada con bastón y permanece buena parte del tiempo sentado mirando el hogar a leña. Entonces, toma una decisión radical.



El instituto suspende sus actividades, pero al poco tiempo el círculo de sus alumnos más fieles regresa al Preiuré. Gurdjieff se quita de encima a los estudiantes que no se toman en serio el trabajo sobre sí mismos. Para liberar su tiempo, delega la dirección del Preiuré y nombra a un encargado para vender las antigüedades que atesora de sus viajes.

Nace Belcebú

Gurdjieff compone su primera obra "Relatos de Belcebú a su nieto" en varios cuadernos a lápiz. Al comienzo, escribe en su lengua materna, el armenio. Luego, en ruso. Anuncia que su obra está destinada a destruir las creencias y opiniones arraigadas en el hombre. El libro es una parábola impenetrable de sus enseñanzas y su vida vistas con los ojos de un extraterrestre, Belcebú. Allí habla desde la creación del universo, hasta el mal uso del inodoro en los Estados Unidos. Lo escribe en tres años y luego lo reescribe íntegro. Demora seis años en total hasta darse por satisfecho. Por momentos, Gurdjieff alienta su publicación. En ocasiones, la boicotea.



Para sus seguidores, Belcebú es su obra maestra. Llamada también "Del todo y todas las cosas". Es la visión de Gurdjieff, con su concepción del eneagrama, el recuerdo de sí y el automatismo del hombre, narrada como una historia de ciencia ficción. A cada lectura, hay nuevas capas de conocimiento. Pero hay que leerlo con cuidado.

El mensaje escondido

Para aquel que conoce por primera vez a Gurdjieff, Belcebú puede resultar, como mínimo, pesado e incomprensible. Es simple y oscuro a la vez. Gurdjieff personifica a Belcebú, un viajante interestelar que narra historias a su nieto Hassein, mientras atraviesan planetas a bordo de la nave Karnak. En sus conferencias, Gurdjieff es claro como el agua. Su Belcebú, sin embargo, habla en código. A la energía Kundalini, la llama órgano Kundabuffer. A la ley de tres la denomina, triamazikamno. A la ley de siete, heptaparaparshinokh. Es una obra monumental que supera las 900 páginas. Exige paciencia. Y se cobra en oro puro.



Las enfermedades sexuales. La escala musical. El origen de la prostitución. Las vibraciones curativas. Sus viajes al monasterio Sarmung. En el Belcebú, Gurdjieff escribe todo lo que sabe y ha vivido. Piensa que no le queda tiempo para escribir nada más. Y cree que debe resumir toda su sabiduría para las generaciones venideras.

Dos muertes

En junio de 1925, tras una larga enfermedad hepática, muere la madre de Gurdjieff en el Preiuré. Gurdjieff la despide con una procesión majestuosa en la Casa de Estudios. Mlentras tanto, su esposa Julia Ostrowska, convalece de cáncer. Aún Gurdjieff está débil tras su accidente automovilístico, pero pone todas sus energías en asegurar su recuperación. Sobre todo, sus recetas mágicas aprendidas en el camino.



Todos sus esfuerzos son en vano. Julia muere el 26 de junio de 1926. Tiene 37 años. En un año, pierde a sus dos seres más queridos. Sepultan a Julia en el cementerio de Avón. Gurdjieff no llora. No habla. Camina con dificultad. Sus discípulos lo notan ausente. Ouspensky aparece en el entierro. No se dirigen la palabra.

Vacío existencial

Después del accidente, agobiado por las muertes de su mujer y su madre, y sin poder poner el punto final al Belcebú, Gurdjieff se encuentra en un callejón sin salida. Es noviembre de 1927. Siente que le quedan pocos años de vida. Presiente un futuro negro. Se sienta en un bar parisino y piensa en su muerte.



Es extraño escuchar a Gurdjieff hablar de la posibilidad de quitarse la vida. Pero es sólo un rapto y se exingue cuando recuerda el valor del conflicto y el dolor, en el trabajo sobre sí mismo. Descubre que cuanto más sufre, más páginas produce.

Adiós alumnos

En su objetivo por concentrarse en ser escritor profesional, Gurdjieff decide reducir su círculo de discípulos. Al matrimonio Hartmann lo alienta a independizarse. Se pelea con Orage y alborota a su grupo de los Estados Unidos. A los Salzmann los envía a Frankfurt. Y a los nuevos alumnos les cierra las puertas del Preiuré.



Hay discípulos más difíciles de apartar que otros. El doctor Leonid Stjoernval es uno de los pocos que se mantiene a su lado imperturbable. Gurdjieff crea inconvenientes intencionales para defraudar alumnos y alejarlos del Preiuré. Es un terreno que maneja con destreza.

Esta es mi vida

En 1928, satisfecho con el tono enigmático que plasma en Belcebú, se toma un descanso de un mes para recuperar energías. Pero descanso, en la mente de Gurdjieff, es sinónimo de trabajo. Mientras agota una a una las botellas de su bodega, escribe sus memorias. A diferencia de su primera obra, éstas se leen como un relato de aventuras. Lo llama "Encuentros con hombres notables".



Las memorias de Gurdjieff, como todos sus dichos, suelen a veces pecar de fantasiosas. Por momentos, se ajusta a los hechos. Por momentos, deja volar la imaginación. En 1979, el director británico Peter Brook, admirador de su obra y del teatro experimental, lleva al cine "Encuentros con hombres notables". Es un éxito.

Cierra el Preiuré

En octubre de 1929, la bolsa en Wall Street colapsa. Los Estados Unidos se sumergen en una crisis histórica. Y las finanzas del Preiuré, que subsiste mayormente gracias al aporte de fieles seguidores norteamericanos, quedan desmanteladas. Para colmo, Gurdjieff maltrata a sus alumnos en los Estados Unidos. Y rechaza una visita sorpresa de Ouspensky al instituto, un hombre aún contactado con las altas esferas británicas. En otras palabras, Gurdjieff corta todas las cuerdas que mantienen activo al centro de estudios. En 1932 decide cerrar el Preiuré.



Gurdjieff deja el Preiuré hipotecado, con ratas y con sus cuadros deshechos por la humedad. Se muda a un hotel en París y planea un nuevo golpe de efecto a su carrera: crucificarse públicamente.

La parodia

Con dos libros escritos y sin publicar, el 13 de septiembre de 1932 Gurdjieff emprende la escritura de un tercero. A diferencia de los otros, "El heraldo del bien que vendrá" lo escribe en cuestión de días. Es la única obra que publica en vida. Sin embargo, es un suicidio artístico. Ni siquiera sus más serios defensores encuentran un capítulo digno de mención. Es un folletín autobiográfico. Los editores rechazan publicarlo. Gurdjieff ordena hacer una edición privada, sólo para sus conocidos.



El título de la obra, "El heraldo del bien que vendrá", preanuncia la salida del Belcebú. Sin embargo, aún le falta corregirlo. Mientras sus seguidores deshacen su libro, Gurdjieff se ocupa de destruir su reputación. Hace chistes subidos de tono. Irrumpe en presentaciones literarias y alborota a los disertantes. Tiene 66 años. Está gordo y parece perdido. A quienes se le acercan, les advierte: "Siempre piensa que la gente es una mierda, si no lo es, te sentirás muy bien". En 1934, ataca su propio libro y recoge uno a uno los ejemplares. Empieza a escribir "La vida es real sólo cuando yo soy", el tercero de la serie que se completa con el Belcebú y "Encuentros con hombres notables". Nunca logra terminarlo.

Sin rastros

En 1935, Gurdjieff literalmente desaparece del mundo. Hay quienes conjeturan que regresa a Asia Central, a los lugares donde absorbió sus conocimientos. Otros lo sitúan en Alemania. Otros en Leningrado. Su pasaporte registra travesías interminables. Pero, como ya sabemos, Gurdjieff utiliza infinidad de pasaportes.



Sin dar demasiadas explicaciones, regresa en septiembre a París. Se lo ve renovado. Vigoroso. Dispuesto a celebrar grandes banquetes y a reiniciar el trabajo sobre sí mismo.

La soga

De vuelta a la actividad, y con la mayoría de sus alumnos o muertos o disgustados Gurdjieff capta la atención de un grupo de mujeres norteamericanas, solteras y homosexuales, encabezado por la militante Jane Heap, a quien Ouspensky había rechazado. Si bien Gurdjieff condena la homosexualidad, las acepta como alumnas. Se muda del hotel a un departamento en la rue Labie, donde bautiza al grupo de cuatro mujeres solteras como La Soga. Ofrece lecturas del Belcebú, las ejercita en danzas sagradas y les dicta ejercicios para recordarse a sí mismo.



A los pocos meses, se suman al grupo tres mujeres más. Gurdjieff les regala rosarios de cuentas negras y les propone ejercicios con mantras. Mientras tanto, obtiene dinero curando adicciones y enfermedades varias de una cartera fija de pacientes. La Soga se corta en 1938. Sus miembros parten de Francia, abandonan el trabajo o no tienen tiempo para lecciones. La única discípula histórica que continúa y organiza un grupo a 10 kilómetros de París, siguiendo las coordenadas de Gurdjieff, es Jeanne de Salzmann. Un año más tarde, se desata la Segunda Guerra Mundial. Una posibilidad histórica para poner en juego el conocimiento de sí mismo.

Hitler en París

Tras varias semanas de bombardeo aéreo, el ejército alemán ocupa Francia. Y en junio de 1939, Adolf Hitler hace su entrada triunfal a París. Gurdjieff es uno más de los dos millones cien mil refugiados que escapan de la ciudad. Sin embargo, a dos días de caminata, recuerda su meta, su trabajo, la razón de su vida y vuelve sobre sus pasos. Tiene 73 años. El mundo está en guerra. Pero a Gurdjieff se lo ve en paz.



Gurdjieff regresa a su departamento de la Rue des Colonels Rénard. La ciudad está en llamas. Precavido, reunió provisiones antes del conflicto. Su casa está cubierta hasta el techo con latas de conserva, jamón, quesos de cabra, mermeladas, almendras, harina, especies y caviar. Una reserva para hacer frente a cualquier guerra.

Neutralidad absoluta

Con Francia ocupada por el nazismo, Gurdjieff mantiene una sabia neutralidad. El arte del desapego. Hace negocios con miembros de la GESTAPO. Y protege de la deportación a alumnos judíos. La policía lo tiene bajo vigilancia permanente. Y le abren un expediente. Gurdjieff se gana la vida vendiendo alfombras. Enseña danzas. Y abre una fábrica de pestañas postizas. Pero, sobre todo, ayuda a los más necesitados. Da de comer a los pobres. Y compra cuadros a artistas desesperados.



Gurdjieff no quiere repetir el ejemplo de Ouspensky, quien se retira a Nueva York dejando a sus alumnos sin amparo, en manos de la GESTAPO. Guarda alimento para él mismo, y da de comer en su pequeño departamento a un promedio de 40 personas por semana. Para recibir un crédito, declara que ha recibido como regalo un pozo de petróleo en Texas. Gurdjieff alienta a sus alumnos judíos a que entren rápidamente en la clandestinidad y salven su vida. En julio de 1942, deportan a 120 mil judíos franceses a campos de concentración.

El legado de Ouspensky

En 1945, llega milagrosamente el fin de la guerra. Alumnos de Gurdjieff dejan atrás viejas heridas, y vuelven a frecuentarlo.
El maestro revive su época de gran actividad. Ouspensky, en cambio, regresa a Inglaterra, derrotado por la bebida. Confiesa que, en materia espiritual, su búsqueda ha fracasado. El 2 de octubre de 1947, muere vacío y deprimido. La sociedad que preside queda sin una guía. Sophie Ouspensky, les da a los alumnos de su difunto esposo la respuesta que necesitan.



Además de derivarle los estudiantes, un año más tarde Madame Ouspensky le entrega a Gurdjieff los apuntes inéditos que su marido tomó mientras seguía sus enseñanzas. Lo llamó "Fragmentos de una enseñanza desconocida". Son 500 páginas lúcidas y minuciosas. Hasta hoy, el mejor registro de las lecciones de Gurdjieff. Por sus conocidas diferencias con el maestro, Ouspensky se resistió a publicarlo en vida. Al leerlo, Gurdjieff confiesa: "Este libro traduce exactamente lo que dije. Antes odié a Ouspensky, ahora lo amo.".

Luchando por la vida

En 1948, Gurdjieff está de vuelta al ruedo. Recibe a los alumnos de Ouspensky, que llegan desde Londres. Autoriza a Madame Ouspensky la publicación de "Fragmentos de una enseñanza desconocida". Todo marcha bien hasta el 8 de agosto. Gurdjieff conduce a Cannes cuando el destino vuelve a meter la cola. Un camionero se queda dormido y cruza a su carrll. El impacto es mortal para el hombre. Gurdjieff sobrevive a fuerza de voluntad. Demoran una hora en sacarlo del coche.



Gurdjieff quiere dejar el hospital y llega a su casa trasladado por Jeanne de Salzmann. Tiene la ropa empapada de sangre. Es un cadáver viviente. Aún así, celebra una cena con sus discípulos en su casa. Come truchas y melón. Los comensales están impactados. A pesar de las indicaciones médicas, rechaza la morfina, la penicilina y los estudios de rayos. Dice que tiene que habituarse al dolor.

El trabajo llega a su fin

Por primera vez, Gurdjieff recibe las pruebas de imprenta de Belcebú. Siente que su misión está terminada. Planea editar la obra en cuatro idiomas. Aún con su salud debilitada, viaja a Nueva York donde ultima planes para inaugurar un nuevo instituto. Regresa a Europa y conduce en auto por Vichi, por Ginebra y explora las cuevas de Lascaux. Cuando no tiene fuerzas para caminar, lo llevan en andas. En la supervisión de un movimiento de sus danzas sagradas, pierde el equilibrio y cae al suelo. El 26 de octubre lo sacan en camilla hacia el hospital. En lugar de recostarse, va sentado como un rey. No da más. En la clínica, le indica a Jeanne de Salzmann cómo seguir el trabajo cuando no esté.



En el hospital, Gurdjieff convida a las enfermeras con bombones. Se somete a punciones en el estómago, mientras bebe café negro y fuma tabaco. Los médicos dicen que la totalidad de sus órganos están agotados. Gurdjieff muere el 29 de octubre de 1949. Lo velan en la catedral, mientras sus alumnos practican el último movimiento de danzas sagradas. Lo sepultan junto a su madre y su esposa, en el cementerio de Avon.

Vivir sin el maestro

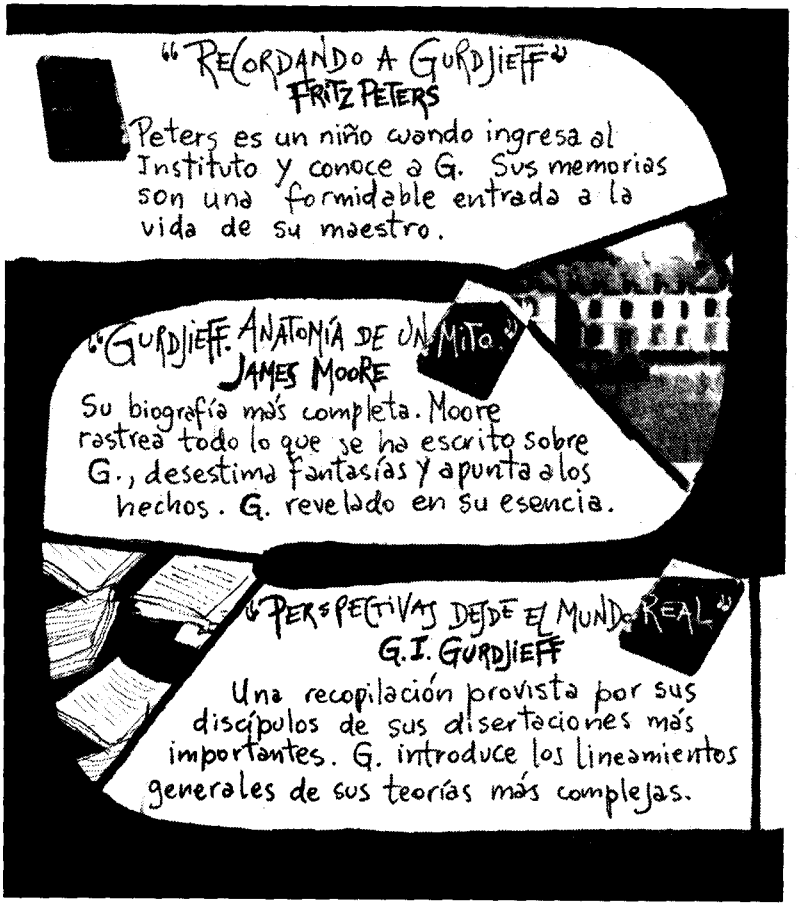
En vida, Gurdjieff defiende a capa y espada el sometimiento de los alumnos a las órdenes de un maestro. Sin embargo, muerto Gurdjieff, ¿quién ocupa ese lugar? Afortunadamente, Jeanne de Salzmann vive 101 años para poner en buenas manos el legado del maestro. Jeanne crea, en las principales ciudades del mundo, fundaclones y sociedades Gurdjieff que al día de hoy enseñan danzas sagradas, debaten su obra, y analizan en profundidad el eneagrama. Cada sociedad tiene sus propias figuras de mando y escalas de jerarquía, con el fin de resguardar la naturaleza del trabajo de Gurdjieff.



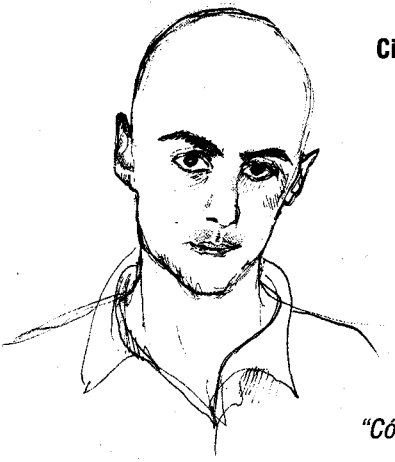
Parapsicólogos, chamanes, aprendices de brujos, escuelas secretas, terapeutas alternativos, militantes de la new age y defensores del yoga, defienden y aplican a su modo las teorías de Gurdjieff. Antes de morir, él pretendía otro contexto para su trabajo futuro. Las sociedades que hoy mantienen vivo su espíritu, de acuerdo al legado directo de Jeanne Salzmann, residen en Nueva York, Caracas, Londres y París. Las agrupa la Asociación Internacional de Fundaciones Gurdjieff. Existen también grupos en Canadá, India y Australia. Y una red de contactos en Internet que enlaza aspirantes al Cuarto Camino en todo el planeta. Gurdjieff creó su propia alma. Y la dejó en la Tierra.

Por dónde empezar

Lo más recomendable para acceder al pensamiento de Grudjieff es leerlo a través de la mirada de otros. Si llega el libro inadecuado a sus manos, puede perderse para siempre la oportunidad de conocerlo. El propio Gurdjieff advierte a sus lectores que lean sus obras ordenadamente. Es decir, primero el Belcebú. Luego "Encuentros con hombres notables". Y, por último, "La vida es real, sólo cuando yo soy". Aunque la experiencia indica que el orden establecido por Gurdjieff puede espantar a más de uno. Por eso, sugerimos aquí un camino por sus lecturas más accesibles y recomendables, que crecen en nivel de complejidad.




"COMENTARIOS PSICOLÓGICOS SOBRE LAS ENSEÑANZAS DE GURDJIEFF Y OUSPENSKY"
DR. MAURICE NICOLL
Nicoll es un seguidor apasionado del cuarto camino. Sus comentarios echan luz sobre los ejercicios propuestos por G. y Ouspensky. El primer volumen es suficientemente esclarecedor.
"ENCUENTROS CON HOMBRES NOTABLES"
G. I. GURDJIEFF
Sus memorias de infancia y formación. Un relato místico de aventuras. El único testimonio del que se sirven los biógrafos para reconstruir su juventud.
"RELATOS DE BELCEBÚ A SU NIETO"
G. I. GURDJIEFF
La obra magna que más esfuerzo le consumió. Una crítica de pies a cabeza del hombre moderno y una audaz explicación del Universo. Sólo cuando uno está familiarizado con sus teorías, es posible entender su mensaje.
"FRAGMENTOS DE UNA ENSEÑANZA DESCONOCIDA"
P. D. OUSPENSKY
Ouspensky es el discípulo más obsesivo a la hora de dar registro a las lecciones de su maestro. En 500 páginas, apunta todo lo que vio y sintió por G. Incluso la razón de su alejamiento.



Cicco es periodista, biógrafo, columnista y profesor universitario. Precursor de un estilo de no ficción bautizado como "periodismo border", donde privilegia la experiencia en carne propia, en situaciones en las que otros periodistas le escapan. Compiló sus mejores artículos en "Yo fui un porno star y otras crónicas de lujuria y demencia". Además, es un entusiasta practicante de budismo zen y un profundo admirador de Gurdjieff.

Este libro es para Sergio Aisenstein, un genio de la contracultura, el amigo que me dijo: "Cómo: ¿no leíste a este tipo?" Y acto seguido, me entregó toda su biblioteca de Gurdjieff.

Lucía Harari es dibujante e ilustradora. Puso sus creaciones al servicio de la revista Barcelona, Caras & Caretas y para libros de la editorial Era Naciente. Participó en muestras colectivas en Expotrastiendas y en el Museo Quinquela Martín. Durante algunos años, fue seguidora de la Escuela del Cuarto Camino.



Agradece a M. Lucano por todo, a A. Raimundo por el aguante, a J.C. Kreimer y E. Cicco por la forma de trabajar, a C. Gastaldi, y a G.I. Gurdjieff.

(http://www.lucia-harari.blogspot.com/)

Otros libros para buscadores publicados en esta serie:

• Antroposofía (Rudolf Steiner) para Principiantes • Castaneda para Principiantes • Contracultura para Principiantes • Jesús para Principiantes • Krishnamurti para Principiantes • Sai Baba para Principiantes